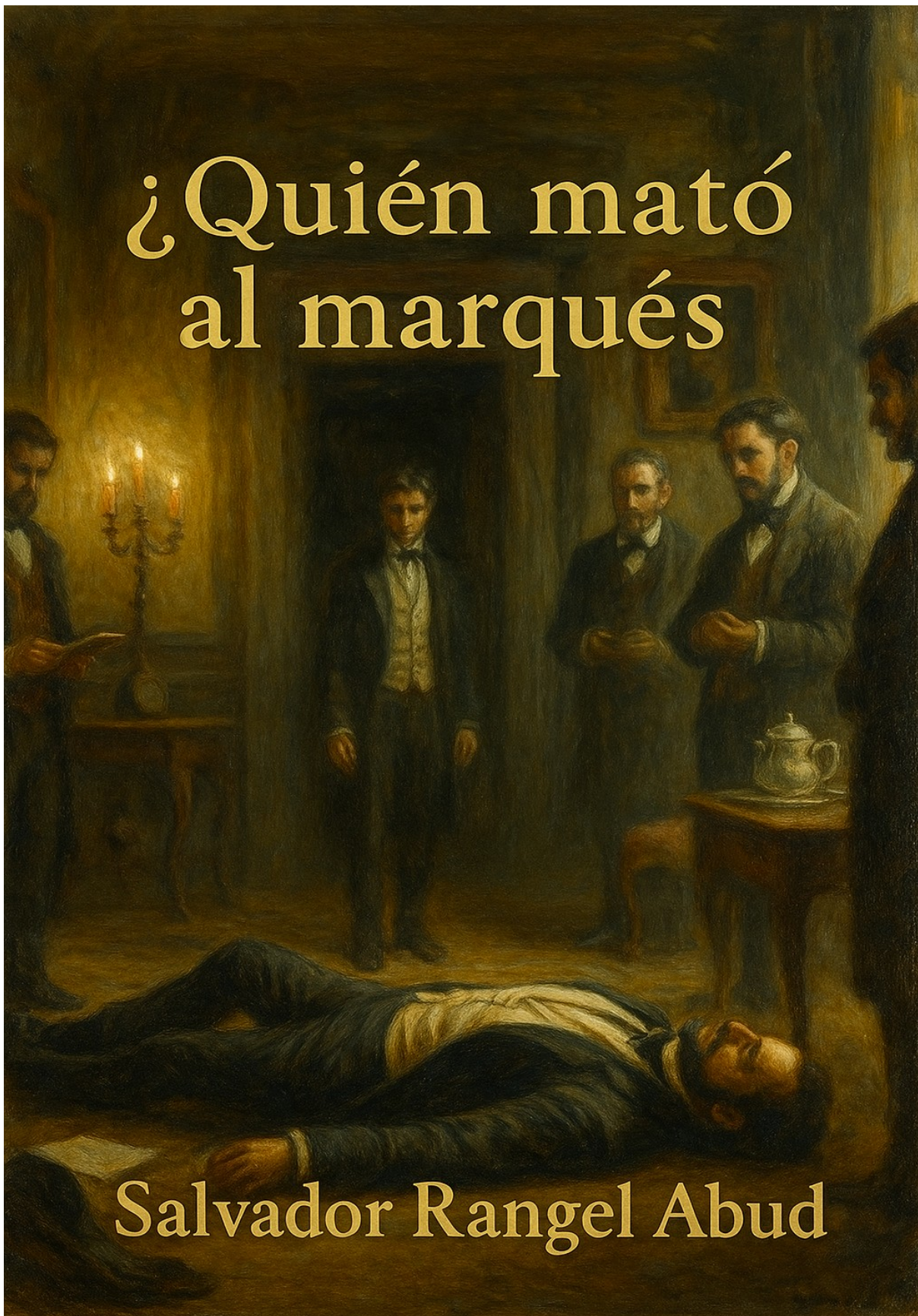


¿Quién mató al marqués

Salvador Rangel Abud



SINOPSIS

Estimado lector:

No hay fiesta verdaderamente memorable sin al menos un escándalo, un par de pleitos menores y, si la fortuna sonríe —o el mezcal abunda—, un asesinato elegante.

La historia humana, desde Roma hasta Tlacotenco, confirma esa regla con una terquedad admirable: nada reúne con tanta eficacia a la alta sociedad como la desgracia ajena.

Don Abundio de la Piña y Alcocer, Marqués de La Bamba, ha organizado la fiesta del año en su castillo. Ha invitado a lo más granado de la nobleza provincial: Doña Eufrasia de los Ángeles y Sotomayor, Don Gaspar de la Cueva y Berruecos, Doña Teodora del Río y Guzmán, Fray Modesto de la Cruz y Góngora, el Canónigo Timoteo Ibáñez del Castañar, Sor Benigna del Espíritu Santo y una galería de nobles con apellidos compuestos que son, cada uno por sí solo, una declaración de intenciones. También está la servidumbre —Brígida, Lucas, Tomasa— que sabe mucho más de lo que debería.

En el capítulo seis, el Marqués se desploma sobre el faisán real.

Lo que sigue son trece capítulos de confesiones tontas, mentiras elaboradas, pasadizos secretos, bailes interrumpidos, cartas sospechosas, un duelo de acusaciones al calor del chocolate, y un detective llamado Don Domitilo Avitia que ejerce el oficio por necesidad —que ya indica el nivel de la investigación— hasta que el culpable inesperado y sus cómplices de ocasión quedan al descubierto en el salón de las revelaciones y las máscaras caídas.

El capítulo 18 se titula "De cómo el castillo de La Bamba se quedó sin dueño y sin dignidad." El 19, "Finales felices, arrestos tristes y nuevos comienzos extraviados." Con esos títulos, el lector ya sabe exactamente en qué manos está.

¿Quién mató al Marqués? es un sainete con ínfulas de whodunit, o un whodunit que no puede evitar ser sainete. De cualquier manera, es una novela que sabe lo que es y lo celebra sin disculparse.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene un asesinato elegante, una cantidad irrazonable de nobles con apellidos compuestos, confesiones que explican muy poco, mentiras que explican demasiado, chocolate en momentos inoportunos y una investigación cuya resolución sorprenderá a todos excepto, quizás, a Brígida. No contiene violencia. Sí contiene la clase de humor que produce ver a la alta sociedad comportarse exactamente como siempre se ha

comportado cuando nadie la está mirando — y luego cuando todos la están mirando.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *¿Quién mató al Marqués?* demuestra una vez más que el humor es el registro más difícil y que, cuando funciona, es el más generoso: una novela que hace reír sin crueldad y que denuncia la vanidad aristocrática sin odio, con la ligereza de quien ha visto suficientes instituciones como para saber que la solemnidad y el ridículo son vecinos muy cercanos.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: ¿Quién mató al Marqués?

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia de misterio / Sainete / Whodunit humorístico

Extensión: ~26,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 19 capítulos + Epílogo

Ambientación: Castillo de La Bamba, México colonial

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una convicción simple: la vanidad de la alta sociedad es un material cómico inagotable, y el whodunit es el formato perfecto para exprimirla. Cuando todo el mundo tiene motivos, cuando nadie dice la verdad y cuando el detective es Don Domitilo Avitia ejerciendo el oficio por necesidad, lo que emerge no es un misterio sino un espejo —ligeramente distorsionado, como corresponde— de cómo funciona el poder cuando se viste de gala y se sienta a la mesa equivocada.

El Marqués no podía morir en otro lugar que sobre el faisán real. Era lo mínimo que merecía.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

comedia de misterio · whodunit · sainete · humor negro · nobleza · México colonial · asesinato · investigación · sátira social · vanidad · novela en español · comedia · personajes excesivos · castillo · detective

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un crimen sino sobre lo que el crimen revela: que la alta sociedad, cuando se queda encerrada en un castillo con un muerto, se comporta exactamente igual que siempre, solo que con menos compostura. A lo largo de sus diecinueve capítulos, *¿Quién mató al Marqués?* explora la vanidad aristocrática como fuente inagotable de humor involuntario, el whodunit como estructura que obliga a cada personaje a mostrar lo que normalmente esconde con mucho más éxito, la servidumbre como observadora privilegiada que sabe todo lo que los nobles fingen no saber, Don Domitilo Avitia como detective que encarna la diferencia entre tener el título y tener la competencia, y el castillo de La Bamba como espacio cerrado donde las máscaras sociales se van cayendo capítulo a capítulo hasta el salón de las revelaciones finales. El epílogo cierra con la dignidad que el castillo ya no tiene.

CITAS DESTACADAS

"No hay fiesta verdaderamente memorable sin al menos un escándalo, un par de pleitos menores y, si la fortuna sonrío —o el mezcal abunda—, un asesinato elegante."

"Nada reúne con tanta eficacia a la alta sociedad como la desgracia ajena."

"El presente sainete no es la excepción."

"De cómo el castillo de La Bamba se quedó sin dueño y sin dignidad."

"El Marqués no podía morir en otro lugar que sobre el faisán real. Era lo mínimo que merecía."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *¿Quién mató al Marqués?* un territorio narrativo cercano, con el sabor colonial mexicano que le es propio.

Agatha Christie (*Diez negritos, El asesinato de Roger Ackroyd*): la estructura clásica del whodunit con sospechosos encerrados y revelación final, usada aquí como andamiaje para la comedia más que para el suspense. P.G. Wodehouse (*Jeeves, Blandings Castle*): la aristocracia como fuente inagotable de ridículo involuntario, narrada con afecto y sin crueldad. Fernández de Moratín (*El sí de las niñas*): la sátira de las convenciones sociales españolas con humor que no necesita exagerar porque la realidad ya es suficientemente absurda. Jorge Ibargüengoitia (*Las muertas, Dos crímenes*): el crimen mexicano narrado con la distancia irónica de quien sabe que el humor es la única respuesta honesta ante ciertos tipos de absurdo.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela es la hermana mayor de *Sor Adelle la Piadosa*: ambas usan una institución como escenario de caos, ambas tienen una galería de personajes excesivos con sus propias lógicas irrefutables, y ambas demuestran que el humor sostenido durante diecinueve capítulos es una hazaña técnica que muy pocos escritores logran sin que se les agote la gracia.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El prólogo establece desde la primera línea que esto es un sainete. ¿Cambia eso su experiencia como lector del misterio? ¿Puede haber tensión genuina en una comedia?

Don Domitilo Avitia ejerce el oficio de detective "por necesidad". ¿Qué dice eso sobre la relación entre vocación y competencia, y por qué resulta más cómico que un detective incompetente que cree serlo?

La servidumbre —Brígida, Lucas, Tomasa— sabe más que los nobles. ¿Por qué la servidumbre siempre sabe más, y qué dice eso sobre el poder y la invisibilidad?

El Marqués muere sobre el faisán real. ¿Por qué ese detalle es, al mismo tiempo, la muerte más ridícula y la más apropiada para este personaje?

El capítulo 18 se titula "De cómo el castillo de La Bamba se quedó sin dueño y sin dignidad." ¿Tenía dignidad antes del asesinato, o la novela sugiere que la perdió mucho antes?

CÓMO CITAR ESTA OBRA APA:

Rangel Abud, S. (2026). ¿Quién mató al Marqués? Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. ¿Quién mató al Marqués? Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. ¿Quién mató al Marqués? Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de 75 novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria, el bildungsroman romántico y —como demuestra esta entrega— la comedia de misterio colonial con sainete incluido. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que *¿Quién mató al Marqués?* formula desde su título y que, para cuando el lector llega al epílogo, ya no le interesa demasiado responder: quién lo mató importa menos que por qué nadie lo lamentó de verdad.

El Marqués de La Bamba era el tipo de hombre que organiza una fiesta para glorificar su propio ego y que, al desplomarse sobre el faisán real, consigue por primera vez en su vida reunir a todo el mundo alrededor de algo más interesante que él mismo: su muerte.

En eso, al menos, fue un anfitrión memorable.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

PRÓLOGO

Capítulo 1. La Torre de La Bamba y sus ratas ilustres

Capítulo 2. Invitaciones, equivocaciones y otras desgracias sociales

Capítulo 3. La llegada de los nobles y la primera copa derramada

Capítulo 4. Los brindis desafinados y los juramentos a media lengua

Capítulo 5. El banquete de los siete pecados capitales

Capítulo 6. Un marqués desplomado sobre el faisán real

Capítulo 7. El alboroto, los gritos... y el vino derramado en vano

Capítulo 8. La clausura de las puertas

Capítulo 9. Sospechosos de noble cuna, secretos de baja estofa

Capítulo 10. Fray Modesto, Sor Benigna y el Canónigo

Capítulo 11. Don Domitilo Avitia, detective por necesidad

Capítulo 12. Las confesiones más tontas y las mentiras más elaboradas

Capítulo 13. Las servidumbres hablan

Capítulo 14. Bailes interrumpidos, pasadizos secretos y dos cartas sospechosas

Capítulo 15. Un duelo de acusaciones al calor del chocolate

Capítulo 16. El salón de las revelaciones y las máscaras caídas

Capítulo 17. Un culpable inesperado y otros cómplices de ocasión

Capítulo 18. De cómo el castillo de La Bamba se quedó sin dueño y sin dignidad

Capítulo 19. Finales felices, arrestos tristes y nuevos comienzos extraviados

EPÍLOGO. La última risa del marqués

PRÓLOGO

Estimado lector:

No hay fiesta verdaderamente memorable sin al menos un escándalo, un par de pleitos menores y, si la fortuna sonríe —o el mezcal abunda—, un asesinato elegante.

La historia humana, desde Roma hasta Tlacotenco, confirma esa regla con una terquedad admirable: nada reúne con tanta eficacia a la alta sociedad como la desgracia ajena.

El presente sainete, que nos ocupa con el gracioso y triste título de *¿Quién mató al Marqués...?*, no es la excepción. Fue, en principio, una celebración concebida para glorificar el ego de don Abundio de la Piña y Alcocer, Marqués de La Bamba, caballero de ascendencia discutible pero de pretensiones sólidas, coleccionista de deudas ajenas, promesas propias y adulaciones mal pagadas.

El banquete, ofrecido en el Salón de los Espejos de su casona —donde los retratos de sus antepasados, todos pintados con la misma mandíbula y la misma impostura, miraban con fastidio desde las paredes—, debía sellar su reconciliación con la sociedad decente tras algunos escándalos financieros y un duelo mal disimulado.

Pero la velada no llegó al postre.

Cuando la orquesta atacaba una habanera que nadie bailaba, y las señoras fingían ignorar el sudor de sus corsés, el Marqués se desplomó sobre un faisán frío, con la misma elegancia con la que había vivido: sin pedir disculpas y estorbando a todos. El estupor fue generalizado, aunque no unánime. Algunos gritaron, otros rezaron, y no faltó quien aprovechara el revuelo para vaciar discretamente una copa más de vino tinto.

Sería injusto culpar exclusivamente al destino, al exceso de copas o a la mala cocción del mole. No, querido lector: en esa fiesta todos, absolutamente todos, tenían al menos una razón —unas más graves, otras más triviales— para desear ver al Marqués respirando menos y dejando más herencias disponibles.

A saber:

Doña Eufrasia de los Ángeles y Sotomayor, Duquesa de Tlacotenco, experta en fingir compasión y en ocultar amantes bajo la sombra de los abanicos.

Don Gaspar de la Cueva y Berruecos, Conde del Salitre, hombre de fortuna evanescente y sonrisa que siempre prometía más de lo que su cartera podía cumplir.

Doña Teodora del Río y Guzmán, Marquesa de Oxtotipac, que había perdido a su marido y su reputación el mismo año, y culpaba al Marqués de ambas tragedias.

Don Melitón de la Garza y Valderrábano, Vizconde de Acoyotla, deudor profesional y jugador empedernido.

Doña Constanza de Sanabria y Torreblanca, Condesa de Tequexquináhuac, dama de misa diaria y lengua mortal.

Don Hilario Pimentel y Luna, Señor de la Encomienda de San Bartolo, enemigo de todos por principio y por aburrimiento.

Don Bartolomé de Zúñiga y Quiróz, Barón de Tecamachalco, que llevaba en el alma más pólvora que honor.

Doña Aldonza Cervantes de Tagle, viuda eterna y muy poco resignada, convencida de que el luto es el mejor disfraz para la ambición.

Don Crispín de Albornoz y Padilla, Caballero del Santo Oficio, cuya piedad solía variar según la cantidad de vino servida.

Doña Matilde Vargas de la Serna, Condesa Viuda de Nopalucan, que a fuerza de envidiar la juventud ajena había terminado pareciéndose a su retrato más antiguo.

Don Leovigildo Téllez-Girón y Bravo, autoproclamado Príncipe de Chalco, cuyo título era tan imaginario como su fortuna.

Fray Modesto de la Cruz y Góngora, Prior del Monasterio de San Hipólito, más familiar con la política que con los evangelios.

Canónigo Timoteo Ibáñez del Castañar, maestro de ceremonias y teólogo de la conveniencia.

Sor Benigna del Espíritu Santo, abadesa de discretísimo oído, que todo lo oía pero nada entendía.

Brígida, ama de llaves, poseedora del verdadero archivo secreto de la casa.

Lucas, el mayordomo, que sabía más de venenos que de vinos.

Tomasa, la cocinera, cuyas manos santificaban los guisos y, según algunos, también los pecados.

Y finalmente...

Don Domitilo Avitia, periodista perdido, cronista de sociedad y narrador de esta historia, quien asistió a la fiesta con la esperanza de encontrar una noticia y halló, en cambio, su vocación de detective accidental.

Así se conforma este pequeño coro de **traiciones, envidias, decepciones y cómicas fatalidades**, que marcó el inicio —y el final— de la última velada del Marqués de La Bamba.

¿Quién lo mató?

¿Quién no habría querido matarlo?

He ahí el dilema, querido lector: la pregunta que nos acompañará entre copas, sospechas y risas a lo largo de esta narración.

Le ruego, pues, que se acomode en su sillón, ajuste su imaginación al tono de la lámpara y se prepare para un desfile de máscaras donde la hipocresía será virtud, el silencio será prueba y la cortesía, arma mortal.

Prepárese para levantar copas, cejas... y cadáveres.

Bienvenido al enredo.

Capítulo 1

La Torre de La Bamba y sus ratas ilustres

No hay arquitectura más digna de un inminente asesinato que un castillo mal conservado. La Bamba, joya barroca en ruinas gloriosas, se alzaba en medio de un mar de nopales y suspiros, como una dama envejecida que aún se emperifolla para un último baile con el sepulturero. El horizonte la recortaba con una indiferencia de óleo barato: una silueta que prometía historias y escondía deudas.

Llegué al amanecer, arrastrando un baúl tan maltrecho como mi reputación. El baúl crujía con la misma pereza con que el viejo cochero mascullaba proverbios mientras me miraba de reojo; y mi reputación, bien pensado, hacía el mismo ruido en el pueblo: era útil como advertencia. No estaba en la lista de invitados, por supuesto, pero la caligrafía de la casa, como muchas otras cosas de la nobleza, tenía más intención teatral que precisión. Gracias a la caligrafía ininteligible de algún mayordomo miope y a mi sombrero inclinado con fingida distinción, fui recibido con honores y con un vaso de chocolate caliente que olía sospechosamente a pulque. Nadie reparó en el error; en La Bamba, una rata más perdía importancia cuando había ratas con apellido.

La Torre de La Bamba —llamada así no por su altura imponente, sino por la inclinación alarmante de su estructura— era la corona torcida de un edificio que había conocido mejores días y administradores más diligentes. Los muros conservaban grietas que hablaban de tiempo y de descuidos, y en las molduras se adivinaban manchas de tiestos olvidados y de promesas incumplidas. El Marqués Don Abundio de la Piña y Alcocer, su ilustre propietario, sostenía con fervor que el torreón inclinaba "por respeto" hacia el altar mayor del oratorio privado; yo, más modesto en interpretaciones, sospechaba de termitas, terremotos y deudas impagas. Los discursos de los nobles a menudo son elegantes invenciones para ocultar negligencias de primera clase.

Recorrí los pasillos admirando tapices deshilachados, retratos de antepasados con estrabismo y candelabros que chorreaban lágrimas de cera como viudas en funeral de tercera categoría. El eco de mis pasos jugueteaba con los ecos de otros pasos que conocían mejor la casa: pasos de criados que se movían con una disciplina aprendida en el hambre y en la necesidad de no ser vistos. Entre las piedras húmedas y las alfombras descoloridas, las verdaderas dueñas del lugar —ratas gordas y bien alimentadas— se paseaban con la dignidad de viejas familias nobiliarias. A una de ellas, enorme y bizca, la bauticé mentalmente Doña Constanza, en honor a cierta condesa igualmente encantadora. Reírme en voz baja me parecía delito y terapia al mismo tiempo.

El Marqués, me dijeron, estaba inmerso en los preparativos de su magna celebración: su medio siglo de vida, deudas y afrentas, que pretendía conmemorar como si la longevidad fuera un mérito en vez de un descuido. Había enviado invitaciones escritas con tinta fina y promesas de caza que nadie tenía intención de cumplir; había encargado un faisán que, según chismes, venía de una granja que ignoraba lo que era la nobleza, y había pronosticado discursos tan largos que el coro de vecinos ya practicaba bostezos discretos. En La Bamba, el teatro social se montaba con la solemnidad de quien no quiere escuchar la verdad.

Los criados corrían como ánimas acosadas por el diablo. Brígida, el ama de llaves, ladraba órdenes en un tono que podría cuajar la leche y desmoronar a un marqués; Lucas, el mayordomo, organizaba el servicio de mesas con la

precisión de un general ebrio, cimentando el orden en microagresiones calculadas; y Tomasa, la cocinera, batallaba con un faisán que, a juzgar por los golpes que recibía, debía de haber ofendido gravemente a su familia. Las habitaciones olían a agua caliente y a jabón viejo, a incienso fingido y a perfume que quería ocultar la podredumbre. En la cocina, el oficio revertía a hechicería: se transformaban ingredientes en ceremonias, y las ceremonias en excusas para regular la carencia.

Entre tanto desorden, nadie cuestionó mi presencia. Nadie preguntó si yo era Duque, Conde o simple intruso con modales decentes. Me bastó erguir el cuello, torcer un poco el bigote y farfullar algo en latín para ser asumido como un invitado extranjero. En esas tierras, lo extranjero imponía respeto o, al menos, desconcierto; y el desconcierto funciona como un abrigo temporal para los que no pertenecen. Así comencé mi incursión en la última gran velada del Marqués: como polizón en una fiesta de máscaras, rodeado de ratas ilustres, tapices mohínos y secretos aún más mohosos.

No lo sabía entonces, pero aquella torre inclinada —testigo de juramentos olvidados y de amores clandestinos— sería también el primer escenario de un crimen tan inevitable como desafinado. El edificio parecía dispuesto a colaborar con la fatalidad: sus pasadizos guardaban corrientes de aire que traían consigo murmullos de antiguas afrentas, y las ventanas, mal ajustadas, filtraban una luz mortecina que volvía los rostros más severos. La historia tiene la costumbre de acomodarse en las casas que ya han decidido su destino.

Y allí estaba yo, entre copas que se pulían para brindar, cuchillos que se afilaban para cortar faisanes o yugulares, y rostros sonrientes que ocultaban apenas intenciones mucho menos amables. Observé a los invitados llegar como si presenciara una parodia clínica: cada uno con su equipaje de insultos, cada uno con la piel curtida por las conversaciones tautológicas de la aristocracia. Había miradas que prometían amistad y manos que contaban monedas en silencio. La habilidad de un salón no está en su opulencia sino en el arte de disimular la miseria.

Como buen periodista —extraviado y hambriento— tomé nota mental de todo. Anoté nombres aunque la memoria los confundiera a veces con apodos; observé gestos que delataban rutinas; grabé para mí la música que no tocaba la orquesta, ese silencio cargado que precede a los grandes acontecimientos. Algo me decía que aquella noche habría más noticias que mole. Había motivos fuera y dentro del salón: en los aplausos medidos, en una lágrima demasiado puntual, en la cojera fingida del vizconde. Los hechos suelen anunciarse con señales pequeñas, como un calendario mal impreso.

Me detuve un instante frente a un retrato del Marqués joven. Tenía la mandíbula de hierro y una mirada que hubiera sido bonita si la hubieran dibujado con menos soberbia. Allí reconozco el artificio del poder: la repetición de una fisonomía que pretende naturalizar el mando. Su imagen olía a tabaco viejo y a encuadernaciones forradas en cuero; su sonrisa,

forzada en el lienzo, prometía hospitalidad y no ofrecía nada más que la costumbre de la impunidad. Pensé en escribir sobre eso: la manera en que ciertos rostros perduran para justificar delitos pequeños y fracasos enormes.

Mientras tanto, en el comedor, se ensayaban las últimas órdenes. La casa esperaba el ruido de la celebración con la zozobra de quien aguarda una implosión. Los criados se movían como engranajes, pero en sus rostros se leía la conciencia de que la noche sería larga y quizá injusta. Vi a Lucas discutir en voz baja con un hombre de aspecto serio que no había visto antes: un comerciante de votos, pensé. Vi a Brígida mirar de reojo a una mesa en la que reposaba un sobre sellado con cera roja; había en su gesto una mezcla de curiosidad y temor que solo comprenden los que conocen las cuentas pendientes de la casa.

Ya en el patio, bajo la sombra de nopales y una luna que parecía haberse quedado sin paciencia, me acomodé el sombrero y juré para mis adentros que, si la noche me ofrecía una historia, la cobraría hasta la última coma. No por avaricia, sino por la ley antigua del oficio: las noticias son moneda y la verdad, un bien fungible. Y en La Bamba, esa noche, la verdad tenía un precio muy alto.

Capítulo 2

Invitaciones, equivocaciones y otras desgracias sociales

En el noble arte de organizar fiestas, pocos errores son tan temibles como confiar las invitaciones a un copista tartamudo y a un mensajero daltónico. Así comenzó la desgracia social del Marqués de La Bamba: una celebración que pretendía ser el colofón de su vanidad terminó convertida en un sainete de proporciones épicas. Desde antes de servir el primer escabeche, ya la confusión se había adueñado del acontecimiento, como si una maldición hubiera sellado cada sobre con un soplo de burla divina.

El Marqués, hombre de previsión escasa y soberbia sin medida, había encargado las invitaciones a un impresor recomendado por su “velocidad y discreción”. Nadie le advirtió que el tal impresor padecía un temblor persistente en la mano derecha y una memoria incierta para los títulos nobiliarios. Así, el Conde de San Mateo acabó rebautizado como “Conde de Sándwich”, la Duquesa de Tlacotenco recibió una esquila dirigida a “Doña Eufrasia, noble y honorable pastelera”, y el Obispo de Cuernavaca fue invitado dos veces: una como su excelencia y otra, por error de tinta, como “Monsieur Cornabaca”. No era solo una cuestión de letras, sino de linajes ultrajados. El caos había comenzado antes de que los carruajes rodaran hacia el castillo.

Algunas invitaciones jamás llegaron. Otras fueron a parar a manos de acreedores, usureros, galanes despechados y hasta de un grupo de saltimbanquis italianos que, creyendo que “La Bamba” era un teatro en Veracruz, emprendieron viaje con tambores, máscaras y un burro enfermo.

Los rumores de aquel convite corrieron más rápido que las mulas de mensajería, y pronto medio virreinato hablaba del banquete del Marqués como si fuera un asunto de Estado o una herejía culinaria. Solo Dios sabe cuántos personajes olvidados recibieron la cortesía de ser invitados a su propio rencor. La confusión, más que un accidente, parecía una bendición del destino para quienes vivían de las desgracias ajenas.

Fue por esa cadena de absurdos que yo, Domitilo Avitia —periodista, cronista de catástrofes y, para entonces, desempleado profesional—, fui confundido con el ilustre Don Dionisio de Avitia y Paredes, Barón de las Minas de Potosí. ¿Que el verdadero Barón nunca confirmó su asistencia? ¿Que mi aspecto recordaba más al de un escribiente de provincia que al de un noble con heráldica? Bagatelas. En La Bamba, bastaba un sombrero ladeado y una reverencia convincente para pasar por aristócrata, o al menos por decente. Además, en aquellas tierras la nobleza se medía más por la desvergüenza que por los apellidos.

Mi llegada al castillo fue un desfile involuntario de errores. Me recibió Lucas, el mayordomo, con una inclinación precisa y una mirada de sospecha tan cortés como inquisidora. Detrás de él, Brígida, el ama de llaves, medía cada gesto mío con la mirada de quien olfatea impostores. Tomasa, desde la cocina, lanzó una carcajada que rebotó entre los muros y me dejó claro que, en La Bamba, hasta los fogones tenían opinión.

El castillo, aunque en apariencia espléndido, mostraba los signos evidentes de una decadencia cuidadosamente disimulada. Las cortinas olían a humedad y a nostalgia, los retratos familiares tenían grietas que parecían arrugas de remordimiento, y las lámparas de aceite parpadeaban como si también dudaran de la autenticidad del linaje. Todo en aquella casa rezumaba una mezcla de orgullo y ruina, como una dama envejecida que aún insiste en usar corsé.

Los invitados comenzaron a llegar en carruajes polvorientos y con sonrisas calculadas. Entre ellos había condes que ya no tenían tierras, marquesas que ya no tenían maridos, y curas que habían perdido la fe pero no el apetito. Entre abanicos y pelucas, cada saludo parecía un duelo, cada abrazo una tregua provisional. Doña Teodora del Río y Guzmán, marquesa viuda, saludó a Doña Constanza de Sanabria con la delicadeza de quien acaricia a un gato rabioso. Don Gaspar de la Cueva evitaba toda conversación que pudiera incluir la palabra “pagaré”. Y Don Melitón de la Garza, de memoria frágil y cartera aún más débil, olvidaba nombres con la misma facilidad con que olvidaba deudas. Aquel salón parecía una feria de apariencias, un carnaval de máscaras sostenido por el pegamento del interés mutuo.

Mientras tanto, los tres pilares de la fe —Fray Modesto, el Canónigo Timoteo y Sor Benigna— se disputaban las mejores posiciones cerca de las fuentes de vino, invocando al Altísimo con una mano y llenando discretamente las copas con la otra. Las damas murmuraban genealogías ajenas; los caballeros, en voz baja, repasaban deudas mutuas y pecados cruzados. Era

una misa negra con música de vals, una comedia moral que parecía escrita por un demonio con vocación de dramaturgo.

Yo me movía entre ellos como pez en aguas turbias: escuchando, oliendo, tomando nota mental de cada ceja alzada y cada brindis tembloroso. Instintivamente sabía que una fiesta donde todos detestan al anfitrión es una fiesta que promete titulares jugosos. Las miradas se cruzaban como dagas, los chismes hervían como mole al fuego, y los criados se deslizaban como sombras, llevando bandejas y rumores con igual eficiencia. El aire se espesaba con perfume, vino y falsedad. Era el olor característico de las tragedias por venir.

El Marqués, ajeno al desastre que se fraguaba en su honor, se paseaba entre los invitados con el pecho hinchado y la sonrisa falsa de quien confunde respeto con temor. Su voz retumbaba en los muros, proclamando su linaje y enumerando deudas como si fueran trofeos. Hablaba de sus viajes a Cádiz, de sus contactos con la corte virreinal y de su reciente adquisición: un faisán real que, según él, había costado lo mismo que un convento. Nadie lo contradecía; la mayoría ya soñaba con verlo desplomado sobre su propia soberbia. Cada frase suya era una invitación al crimen.

El caos social se manifestaba en pequeños gestos: el abanico que golpeaba un hombro con más fuerza de la necesaria, la risa que sonaba un segundo tarde, la mirada que duraba demasiado. En la mesa de los juegos, un conde perdió más monedas de las que poseía, y una duquesa ganó sin mirar las cartas. Todo en aquel salón tenía la exactitud de una farsa ensayada y la tensión de una tragedia inminente.

Brígida, el ama de llaves, vigilaba el ir y venir de los invitados con el recelo de quien ha visto demasiadas ruinas para confiar en los festejos. Lucas, el mayordomo, organizaba el servicio con precisión militar; cada paso suyo resonaba como advertencia. Tomasa, desde la cocina, reinaba con un cucharón en la mano y una maldición en los labios. Nadie ignoraba que, si alguien podía matar a un hombre sin dejar rastro, era ella.

En medio del bullicio, un mensajero llegó con retraso, trayendo una invitación olvidada. Lucas la tomó, la leyó y murmuró: “Para Don Domitilo Avitia, cronista de tragedias”. Me observó y, sin decir palabra, la rompió en dos. Así supe que mi presencia ya no era un accidente, sino una complicidad tácita del destino. Había entrado a un baile donde el anfitrión aún respiraba, pero donde todos, de alguna manera, ya esperaban un muerto.

El Marqués alzó su copa para brindar por “la unidad de las almas nobles”, y el eco de las risas sonó como campanas desafinadas. Entre esos muros cargados de polvo y secretos, la cena apenas comenzaba, pero la catástrofe ya estaba servida. Había en el aire una electricidad invisible, una certeza compartida: aquella noche, algo —o alguien— terminaría roto.

Por supuesto, todavía nadie había asesinado a nadie. Todavía.

Capítulo 3

La llegada de los nobles y la primera copa derramada

Las campanas de La Bamba, torcidas y desafinadas como un coro de cabras asmáticas, repicaron al atardecer para anunciar que la nobleza —o lo que quedaba de ella— comenzaba a arribar. Aquel tañido, más cercano al lamento que a la celebración, se extendió sobre los campos con un aire de presagio, como si el mismo bronce advirtiera que no debía esperarse nada bueno de una fiesta organizada por quien debía dinero hasta al campanero. Desde las torres agrietadas, el sonido bajaba como un aviso premonitorio: en esa casa, incluso las campanas parecían cobrar por adelantado.

El castillo, hasta entonces gobernado por ratas con ínfulas, se transformó en escenario de una procesión lenta y ruidosa de carruajes destartalados, caballos resoplantes y ropajes diseñados para disimular la decrepitud más que para lucirla. Desde el balcón principal, el Marqués observaba los preparativos con el orgullo inflamado de quien cree recibir a la historia misma, sin sospechar que lo que venía era, más bien, su epitafio en capítulos. Las antorchas ya titilaban, los criados corrían, los perros ladraban como heraldos del desastre. Era el inicio de una velada que olería a vino, sudor y, antes del amanecer, a muerte.

Primero llegó Doña Eufrasia de los Ángeles y Sotomayor, Duquesa de Tlacotenco, descendiendo de su coche como si emergiera de una nube de naftalina y rencores acumulados. Su collar de perlas falsas tintineaba con una dignidad ofendida, y su mirada —fina y letal— podía marchitar geranios a tres metros de distancia. Venía acompañada por una doncella que cargaba más pecados que equipaje, y un loro que repetía groserías aprendidas en el puerto. Detrás de ellas, el cochero hacía la señal de la cruz, no se sabía si por respeto o alivio. La Duquesa, antes de avanzar, pidió un espejo portátil y, al comprobar que la humedad del camino había derrotado su peinado, lanzó un suspiro digno de tragedia griega.

Luego apareció Don Gaspar de la Cueva y Berruecos, en un carruaje que crujía como confesionario lleno de pecadores gordos. El Conde bajó ayudándose con un bastón y un juramento: al parecer, la deuda con el cochero había sido renegociada a gritos minutos antes de su arribo. Vestía una casaca que había conocido días de esplendor, y su peluca, inclinada como torre en ruinas, revelaba que ni la vanidad sobrevive intacta al crédito. En su bolsillo asomaba un recibo doblado: la prueba visible de que la nobleza, a veces, también se compra a plazos.

Detrás llegó Doña Teodora del Río y Guzmán, envuelta en encajes que habrían hecho las delicias de cualquier polilla respetable, saludando como una reina derrocada en busca de un nuevo trono o un nuevo escándalo. Su sonrisa era un arma de filo antiguo, y sus manos, enguantadas y temblorosas, olían a perfume y desesperación. Cada paso suyo resonaba como un párrafo de novela sentimental arruinado por la ironía de la vida. A

su paso, los criados se apartaban con la mezcla justa de respeto y miedo que solo inspira quien podría arruinar reputaciones con una ceja alzada.

La Marquesa de Oxtotipac apenas alcanzó el vestíbulo cuando, en un giro trágico propio de su temperamento teatral, tropezó con el borde de una alfombra. El incidente, trivial en cualquier otra ocasión, fue elevado de inmediato a categoría de “primera desgracia oficial de la noche” cuando la copa de bienvenida —una generosa porción de vino dulce— voló por los aires y aterrizó en el jubón de Don Hilario Pimentel y Luna, Señor de la Encomienda de San Bartolo. La mancha —oscura, pegajosa y estratégicamente ubicada en su entrepierna— convirtió al hidalgo en el blanco de susurros, risitas y un par de apuestas sobre el grado de su continencia. Don Hilario, furioso y brillante, masculló un rosario de impropiedades que hizo sonrojar incluso a la estatua de San Hipólito en el zaguán.

“Un mal augurio”, murmuró Brígida, el ama de llaves, ajustándose el delantal como quien se prepara para un cataclismo. A su lado, Lucas, el mayordomo, observaba la escena con resignación profesional, pensando quizás que aquel vino derramado sería lo más inocente que caería esa noche sobre las alfombras. Su rostro no delataba emoción alguna, pero sus ojos, acostumbrados a los dramas ajenos, parecían decir: “El primer vino derramado, el primer muerto anunciado”.

Yo, naturalmente, tomé nota: primera copa derramada = primera chispa encendida. Las fiestas aristocráticas tienen siempre su preludio de tragedia en miniatura: un vaso roto, un insulto disfrazado de saludo, una mancha en el sitio equivocado. La diferencia, pensé, es que en La Bamba las desgracias se fermentaban como el vino: despacio, con sabor a rencor y a silencio. Y el silencio, en una casa como aquella, siempre era preludio de un estallido.

Poco después arribaron otros con igual o mayor carga de viejos agravios. Don Melitón confundió al cochero con el Marqués y le entregó su sombrero de gala con gesto altanero. Doña Constanza lanzó miradas asesinas a quien osara comentar su peinado arquitectónico, una obra que desafiaba la gravedad y el buen gusto. Don Bartolomé de Zúñiga, con los ojos vidriosos de nostalgia y licor, trataba aún de recordar en qué juego de naipes había perdido su dignidad. Fray Modesto llegó a pie, asegurando que caminar purifica el alma; nadie mencionó que había empeñado su mula para pagar la apuesta de la semana anterior. Sor Benigna apareció con un rosario que parecía cadena de ancla y un frasco de agua bendita que usaba como linterna moral.

El desfile continuó, y con cada nuevo carruaje, el ambiente se espesaba. La atmósfera, saturada de perfumes baratos, resentimientos antiguos y promesas de venganza apenas veladas, llenaba el aire del salón como el humo en una cocina atestada. Las conversaciones empezaban con cortesía y terminaban en pullas; los cumplidos olían a pólvora, y las risas tenían filo. Las damas se espiaban los escotes, los caballeros se medían las rentas, y

todos fingían no notar que el techo del salón lloraba humedad sobre los retratos de familia.

El Marqués, pródigo en auto admiración y ciego ante las evidencias más groseras, recibía a todos con una sonrisa ensayada y abrazos que solo un notario avaro podría igualar en falsedad. Se inclinaba con destreza, repartiendo frases hechas como limosnas de un ego en bancarrota. Su voz resonaba en el vestíbulo como si la casa misma le respondiera con ecos de sarcasmo. “Bienvenido, mi estimado amigo”, repetía sin descanso, aun cuando el recién llegado había sido su enemigo declarado en el último juicio de herencias.

Brígida murmuraba oraciones de rutina mientras los criados se afanaban en retirar copas, limpiar manchas y ocultar desastres menores bajo tapices mayores. Cada gesto era una metáfora de la casa: cubrir lo podrido con tela cara. Lucas ordenaba el flujo de los sirvientes con precisión militar, pero en su mirada había un cansancio que solo tienen quienes saben que toda orden será inútil. Tomasa, desde la cocina, espiaba la entrada con la intuición animal de quien huele tragedia en el aire y sabe que pronto tendrá que fregar sangre.

El desfile de sonrisas hipócritas, reverencias forzadas y abrazos viscosos apenas comenzaba, y ya era evidente que aquella noche no terminaría bien. Los ojos se cruzaban como dagas, las risas se convertían en susurros y el aire, saturado de vanidad, parecía inflamable. Incluso las velas parecían temblar, temiendo ser testigos de algo que las superaba. Las palabras, tan abundantes en las primeras horas, comenzaban a enredarse en el miedo. El propio Marqués notó, tal vez por un segundo, que la alegría no sonaba natural, pero enseguida ahogó la sospecha en otro brindis.

Ni el Marqués ni yo —cada uno en nuestro grado de ceguera— habríamos podido adivinar cuán mal terminaría. Pero la intuición del periodista siempre murmura antes de que hablen los testigos, y algo en aquel atardecer me decía que, entre brindis y carcajadas, ya había comenzado el velorio de alguien. En el horizonte, el sol se hundía en rojo, como si el cielo también brindara por el desastre.

Pero, en fin... brindis vendrían, y cadáveres, también. Todo a su debido tiempo.

Capítulo 4

Los brindis desafinados y los juramentos a media lengua

Si hay algo que iguala a duques, condes, marquesas y frailes, es el vino. Y cuando el vino es abundante —como en La Bamba aquella noche—, los brindis se convierten en ejercicios de equilibrio precario entre la adulación fingida y el insulto apenas contenido. Lo que debía ser una velada de homenaje al Marqués comenzó a parecerse a una liturgia de los hipócritas:

todos fingían devoción, pero en cada gesto había una sombra de impaciencia y una sed que no era precisamente de gratitud.

El banquete, anunciado como una celebración de la nobleza y de los lazos eternos del linaje, empezó con un retraso que ya presagiaba tragedias. El Marqués, con su jubón empolvado cambiado por otro apenas menos indigno, se colocó en el centro del salón de banquetes. Su voz, pastosa y solemne, resonó entre los muros cuando alzó una copa de plata mellada e invitó a “honrar este día glorioso donde celebramos la perpetuidad de nuestra noble estirpe y el inquebrantable afecto que nos une”. Las lámparas de aceite parpadearon, y hasta las ratas que observaban desde las vigas parecieron contener la risa.

Hubo un silencio incómodo, roto por un discreto estornudo de Sor Benigna (probablemente fingido para ahogar una carcajada). Luego, como ovejas llevadas al matadero, los convidados alzaron sus copas y repitieron la fórmula ritual con un entusiasmo tan artificial que parecía ensayado. Doña Eufrasia, con su sonrisa de cera, brindó por la “eternidad del apellido”, pero su mirada perdida en el techo sugería que imaginaba la eternidad como una tortura. Don Gaspar, con tres copas de ventaja, levantó la suya y proclamó un “¡Por la sabiduría del Marqués!”, mientras dejaba caer el vino sobre su propio corpiño. Don Melitón, pragmático como siempre, brindó por la prosperidad de La Bamba, aunque minutos antes había apostado con Fray Modesto que el techo no resistiría el peso de los invitados hasta la medianoche.

Yo, refugiado tras una columna ornamentada (y ligeramente agrietada), tomaba nota con el disimulo de quien ya huele el cadáver en el horno: brindis demasiado entusiastas presagiaban desgracias más sabrosas que el faisán a medio cocer. Desde mi rincón, observaba cómo las copas se llenaban y vaciaban con la misma rapidez con que se agotaba la paciencia del personal de servicio. Brígida fruncía los labios cada vez que una copa caía al suelo; Lucas se multiplicaba entre las mesas con la resignación de un condenado que ya conoce el veredicto; y Tomasa, desde la puerta de la cocina, miraba el salón con esa expresión de las cocineras que saben más de la trama que los invitados.

Tras las primeras rondas, los brindis evolucionaron en verdaderos discursos de borrachos: promesas de amistad eterna, confesiones ininteligibles y juramentos grandilocuentes, todos pronunciados en un dialecto etílico difícil de traducir sin intérprete y paciencia divina. La Duquesa de Tlacotenco recitó un poema que nadie entendió, pero todos aplaudieron con fervor hipócrita. Fray Modesto, aferrado a su copa como náufrago a su madero, balbuceó promesas de ayuno eterno (que nadie creyó, ni siquiera él). El Canónigo Timoteo, rojo como un guajolote de fiesta, juró que si el Marqués moría, él mismo escribiría una oda, aunque no garantizaba la ortografía. Don Bartolomé, tambaleante y sentimental, juró entre lágrimas de mezcal que defendería el honor del Marqués como si fuera el suyo propio, olvidando que su propio honor hacía años que estaba hipotecado.

A cada brindis le seguía un silencio breve, apenas roto por el tintineo de las copas y el siseo de los candelabros. Los rostros, antes sonrientes, comenzaban a mostrar la fatiga del vino. Algunos se inclinaban hacia adelante con la sonrisa torcida de quien oculta un secreto; otros se mantenían rígidos, como si una confesión pudiera escapárseles entre los labios. Vi a Doña Constanza mirar hacia el Marqués con una mezcla de odio y ternura, y supe, sin saber por qué, que en ese gesto se escondía un pasado que nadie se atrevería a mencionar. El aire estaba cargado de antiguos rencores y de un tipo de fervor que no nace del amor, sino del resentimiento reprimido.

El Marqués, satisfecho con su público ebrio, brindaba una y otra vez, repitiendo frases que él mismo ya no entendía. A cada palabra, su voz parecía flaquear; su rostro, enrojecido por el calor o por la vanidad, sudaba bajo las luces temblorosas. Cuando alzó por sexta vez la copa, tropezó con el borde de la mesa y derramó vino sobre los manteles, que parecieron absorber el líquido con hambre antigua. Nadie rió. Nadie aplaudió. Solo un murmullo breve recorrió la mesa, como si el destino hubiera dejado caer su primera señal.

La orquesta, incómoda, reanudó una contradanza que nadie bailó. Afuera, el viento agitaba las ramas de los cipreses como un público impaciente. Dentro, el aire era denso, saturado de alcohol, perfume y murmullos. Fray Modesto comenzó a roncar discretamente, el Canónigo seguía recitando versos de dudosa inspiración, y Doña Eufrasia intentaba recordar si había traído su propio frasco de esencias por si debía fingir un desmayo.

Yo observaba todo, consciente de que aquello no era una simple cena, sino una ceremonia de autoengaño colectivo. Cada palabra tenía filo, cada sonrisa escondía una daga. En la esquina del salón, Lucas se mantenía erguido, observando en silencio, con la mirada de quien cuenta mentalmente los segundos que faltan para el desastre. Brígida cruzaba los brazos y negaba con la cabeza, como si viera venir algo inevitable. Tomasa, desde la cocina, reía para sí misma, quizá porque sabía que en su cocina había más verdades que en todo el salón.

Cada brindis era una piedra más en el muro de hipocresía que rodeaba al Marqués. Cada promesa arrastraba consigo el eco de una traición pendiente. Cada copa derramada era un presagio de sangre, o al menos de vómito. Y yo, oculto en las sombras, saboreaba cada palabra como un gourmet saborea el primer plato de un banquete trágico. Había en la atmósfera un pulso inquietante, una vibración que no pertenecía ni al vino ni a la música. Era el presentimiento, esa corriente invisible que se posa sobre los hombres cuando la tragedia ya ha sido escrita y solo falta representarla.

El Marqués, en un intento final por recuperar la solemnidad, levantó de nuevo su copa e improvisó un discurso confuso sobre la unidad de la nobleza, la inmortalidad del apellido y la gracia divina de las fortunas heredadas. Nadie escuchaba. Las miradas se perdían en los platos vacíos o

en el suelo pegajoso. A su alrededor, los convidados se habían dividido en pequeños grupos de murmullos y risas nerviosas. El sonido de las copas entrecuchando se convirtió en una música disonante, como si cada cristal supiera que pronto resonaría por última vez.

No lo sabíamos aún —o quizá sí, en el fondo del alma—, pero aquella noche de brindis desafinados y juramentos a media lengua sellaría el destino del Marqués de La Bamba. La fiesta avanzaba hacia su clímax con la precisión de un reloj sin cuerda: nadie podía detenerla, y todos fingían no escuchar su tictac final. El vino seguía corriendo, las palabras se hacían cada vez más torpes, y los ojos —ah, los ojos— se volvían más transparentes. En cada mirada brillaba, por un instante, la sombra de la intención.

Más temprano que tarde, uno de aquellos brindadores levantaría otra copa... vacía. Vacía como el asiento del anfitrión que, para entonces, ya habría caído de bruces sobre su propio festín.

Capítulo 5

El banquete de los siete pecados capitales

Era tradición en La Bamba —como en toda casa noble que se precie de estar arruinada pero aún con pretensiones— que los banquetes comenzaran con rezos breves, siguieran con tragos largos y terminaran con indigestiones históricas. Aquel, sin embargo, no sería un banquete cualquiera. Sería, sin saberlo, el último. El aire del comedor estaba tan cargado de aromas, resentimientos y perfumes contradictorios que bastaba encender una vela más para que todo explotara en llamas o en confesiones. El eco de las campanas aún resonaba en los muros, y las cortinas, agitadas por una corriente imperceptible, parecían moverse al compás de una amenaza invisible.

El Marqués, con el pecho inflado de vanidad y vino, ordenó abrir el comedor principal. Las puertas chirriaron como viejas viudas al despertar, y el séquito de invitados avanzó como procesión pagana rumbo al altar del exceso. Allí, dispuesto en una mesa tan larga como las deudas del anfitrión, se ofrecía un festín tan opulento como imprudente. Candelabros torcidos, copas desiguales, manteles con olor a humedad y un retrato familiar ladeado completaban la escena: una orgía de decadencia servida con cubiertos de plata enmohecida. Las sombras de los convidados danzaban en las paredes, deformes, grotescas, como si los pecados de cada uno hubiesen adquirido cuerpo.

El menú no había sido elaborado por un chef, sino por Tomasa, la cocinera, que combinaba la intuición de una bruja con el desprecio silencioso de una esposa ofendida. Cocinaba sin recetas, pero con intenciones. Cada platillo, sin saberlo los comensales, estaba inspirado —¡oh, prodigio de simbolismo culinario!— en uno de los siete pecados capitales. La mujer se había propuesto retratar, con ingredientes y fuego, la esencia moral de los allí reunidos. Y vaya si lo logró. En la cocina, Tomasa removía las ollas con un

aire de sacerdotisa negra, consciente de que aquella cena sería recordada, aunque no precisamente por su sabor.

Primero: la gula. Una sopa espesa de médula y flor de calabaza que hacía más por taponar arterias que por abrir apetitos. El Marqués la devoraba cucharada tras cucharada, como si en el fondo del plato pudiera encontrarse la redención. Doña Teodora suspiraba, contemplando la posibilidad de ahogarse en ella para atraer atención. Brígida, desde la puerta, cruzaba los dedos, no por piedad sino por esperanza. Lucas servía con el rostro impassible, como un monje repartiendo hostias en una misa blasfema.

Segundo: la soberbia. Pavo real relleno de codornices rellenas de nueces rellenas de más soberbia. El plato central, presentado con fuegos artificiales y música de salterio interpretada por un niño visiblemente aterrorizado, fue recibido con murmullos de asombro y repulsión. El Marqués brindó por sí mismo tres veces, provocando un aplauso tibio y un deseo colectivo de verlo atragantarse con su propio ego. Doña Constanza comentó, apenas audible: —Los pavos reales creen que las plumas los vuelven inmortales. —El Canónigo Timoteo, con una sonrisa untuosa, respondió: —Y los hombres creen que el vino los absuelve.

Tercero: la avaricia. Pichones cubiertos con escamas de oro comestible, servidos sobre pan de almendra moldeado en forma de monedas. Don Gaspar los contaba antes de comerlos, no fuera a perder alguno y con ello su dignidad postiza. Fray Modesto murmuró que aquello era un sacrilegio, pero no dejó ni una miga. El Canónigo preguntó si el oro podía confesarse como exceso venial, y la Duquesa de Tlacotenco, ofendida por no haber sido servida primero, empujó su plato con una delicadeza que equivalía a una blasfemia.

Cuarto: la lujuria. Ostras de Xico con pétalos de rosa, acompañadas de versos leídos en voz baja por el Canónigo, que se ruborizaba cada vez que pronunciaba la palabra “deleite”. Sor Benigna pidió agua bendita para bendecir su copa, pero la confundió con aguardiente, y a partir de ahí bendijo hasta las cucharas. Doña Constanza fingía escandalizarse, aunque sus ojos brillaban con una chispa que podría haber encendido la sotana de cualquier confesor. Don Bartolomé, ebrio ya, juró que el amor era la sal de la vida y que él había sido un generoso condimento para varias mesas.

Quinto: la ira. Chiles rellenos de veneno emocional. Tomasa les añadió habanero “del fuerte”, reservado para venganzas domésticas. El resultado fue una sinfonía de estornudos, lágrimas, carraspeos y un conato de infarto en Don Melitón, que confundió la lengua entumecida con castigo divino. Brígida corrió por agua, Lucas trajo vino, y el Marqués reía con una estridencia que habría hecho palidecer al diablo mismo. Sor Benigna intentó rezar, pero solo alcanzó a decir “Padre nuestro” antes de soltar un grito tan agudo que hizo vibrar los candelabros.

Sexto: la envidia. Sopa fría de pepino con espejo de hielo. El Marqués ordenó servirla solo a los hombres, asegurando que “las damas ya están bastante frescas”. Doña Constanza apretó los dientes y murmuró una amenaza tan baja como venenosa. La Duquesa de Tlacotenco fingió reír, pero sus uñas arañaban el mantel con furia contenida. Fray Modesto, que aún sentía arder la lengua, preguntó si la sopa era bendita o maldita. Nadie respondió. Solo el reloj marcó una hora incierta, como si midiera el pulso del crimen que se gestaba.

Séptimo: la pereza. Un pastel tan pesado y desgastado que parecía horneado por el mismísimo demonio de la modorra. Nadie lo terminó. El Marqués presumió haberlo encargado de Viena; Lucas murmuró que en realidad venía de Texcoco y que ya estaba vencido. Sor Benigna dormitaba con la boca abierta y Fray Modesto roncaba sobre su plato. La música languidecía; los invitados también. El aire, saturado de grasa y vino, pesaba sobre las cabezas como un sudario invisible.

Durante todo el banquete, yo, Domitilo Avitia —infiltrado entre la nobleza como rata entre quesos caros—, observaba. No tanto los platos (que olían a gloria y a peligro), sino las miradas, las manos temblorosas, los cuchillos demasiado cerca de gargantas que nadie iba a extrañar. El vino corría como testigo silencioso de todos los agravios pasados. Cada palabra era una provocación, cada risa una amenaza, cada brindis un epitafio disfrazado de cortesía. Había en el aire un pulso invisible, una electricidad de tragedia que hacía vibrar los cubiertos.

El Marqués, entre bocado y bocado, soltaba bromas tan filosas como las espinas del pescado que no se molestó en escupir. Nadie reía con sinceridad. Nadie respondía con afecto. Todos fingían. Todos odiaban. Y uno de ellos, solo uno, ya había decidido convertir ese banquete en su última cena. Brígida, desde la puerta, lo intuyó; su mano se crispó sobre el rosario. Tomasa, en la cocina, sonrió sin saber por qué. El destino ya estaba servido, y los cuchillos brillaban con un fulgor casi religioso.

Las velas chisporroteaban sobre la mesa como si el aire mismo se volviera combustible. Afuera, los grillos callaron; adentro, el reloj marcó una hora sin nombre. El ambiente, saturado de gula, ira y resentimiento, se volvía irrespirable. Las risas se apagaban, las miradas se endurecían, y los murmullos adquirían el tono grave de la conspiración.

Entre brindis falsos, flatulencias disimuladas y sonrisas tensas como corsés, se fraguaba el crimen. El faisán estaba sobre la mesa. Pero pronto, el Marqués también lo estaría.

Capítulo 6

Un marqués desplomado sobre el faisán real

Todo crimen necesita un acto teatral. Y todo acto teatral exige un silencio espeso justo antes del estruendo. Aquí, ese silencio lo quebró un eructo del Marqués y una fanfarronada que parecía epitafio:

—“¡Nadie se atrevería a matarme mientras brindo por mi propia inmortalidad!”

La carcajada general, fingida y desigual, tintineó contra las copas. El Marqués, ebrio de poder y de vino, alzó su copa —manchada de grasa— y brindó de nuevo, esta vez por “el faisán real, símbolo de la nobleza... y del buen gusto”. Fue su última frase clara. Llevó a la boca un trozo generoso, mordió, masticó... y se quedó inmóvil.

Un segundo. Dos. Tres. Doña Constanza levantó una ceja; Don Bartolomé murmuró “¿otra de sus bromas?”. Lucas, el mayordomo, detuvo un paso. Yo, Domitilo Avitia, olí la primicia antes que la podredumbre; el murmullo del salón se apagó como si el aire hubiese decidido no ser testigo.

El Marqués tosió, no discretamente, sino como quien expulsa un linaje entero por la tráquea. Su cara viró de rosa a púrpura litúrgico; los ojos se le desorbitaron con teatralidad de ópera barata. Un hilo de saliva le cruzó la barbilla y sus dedos, gruesos y enjorados, arañaron el mantel en busca de aire.

—¿Alguien le ha puesto picante al faisán? —preguntó Sor Benigna, llevándose una mano al pecho, como si temiera un milagro al revés.

Fray Modesto se acercó tambaleando, mientras el Marqués golpeaba el mantel bordado y dejaba caer la copa, que rodó con dignidad prestada. Doña Eufrosia pidió auxilio sin levantarse del asiento, celosa de su peinado. Luego el cuerpo cedió: Don Abundio de la Piña y Alcocer, Marqués de La Bamba, se desplomó —con la elegancia de un costal— sobre lo último que probaría en vida: un faisán real frío, relleno de especias, secretos... y probablemente algo más.

El golpe hizo vibrar la mesa; las copas tintinearón; los cubiertos rebotaron. Siguió un silencio espeso, de telón que cae sin aplauso. Doña Teodora exclamó: “¡Era la ostra, maldita lujuria!”. Don Hilario murmuró: “Esto acabó mal desde el vino en mi bragueta”. El Canónigo Timoteo intentó darle la extremaunción con una cuchara de plata. Lucas, con sangre fría, cubrió el pecho del difunto con una servilleta. Doña Constanza se santiguó con la mano izquierda. Doña Eufrosia se desmayó con delicadeza coreografiada.

Abrí mi libreta. Aquello ya no era una fiesta. Era un crimen. Y yo —cronista sin empleo, hígado resistente— había caído por error en la velada más exclusiva del asesinato más inevitable.

El cadáver parecía a punto de rematar un chiste: los labios entreabiertos, brillo húmedo en el bigote, la mano aún prendida a la servilleta. La luz amarilla lo volvía cera, santo apócrifo coronado por un faisán mutilado. Entre el olor a especias detecté un efluvio metálico, de botica vieja. Olí otra vez, furtivo: nada de cocina cristiana en aquel vapor.

Miré alrededor. Los rostros se habían quedado sin maquillaje ni valentía. La Duquesa de Tlacotenco bebía agua como si fuese coartada. Don Gaspar guardó un recibo en el chaleco con movimientos de prestidigitador. Don Melitón juraba no haber tocado el faisán —nadie se lo preguntó—. Las damas buscaban manchas invisibles en los guantes; los caballeros, una puerta que ya no existía.

Brígida se acercó con autoridad de casa. Quiso retirar el plato; Lucas lo impidió con un gesto seco.

—Nada se toca —dijo—. El señor... ha concluido su banquete.

Tomasa apareció en el umbral con el delantal erguido como un escudo. Observó sin pestañear, midiendo la escena con ojos que sabían más de hombres que de fogones. Posó la vista en el plato, luego en mí, como esperando el nombre de lo que su cocina jamás preparó.

—¿Se atragantó? —aventuró Don Bartolomé.

—Se atraganta quien vive de prisa —replicó Tomasa—. Este se murió con calma.

El comentario atravesó el salón como un alfiler. La muerte tenía demasiada exactitud para ser capricho: eso olía a manos, no a destino. Me incliné sobre el mantel: migas, grasa y, pegada al esmalte de la loza, una película translúcida. Tomé una gota entre los dedos: viscosa al tacto, luego áspera, luego nada. La llevé a la nariz: almendra amarga. Cerré la libreta. No hacía falta escribir “envenenado”. Bastaba con recordarlo.

—Que nadie beba ni coma —dije—. Y cierren ventanas. El aire se lleva las culpas si lo dejamos.

Lucas obedeció. Las ventanas susurraron al cerrarse, como si la noche quisiera entrar de todos modos. Afuera ladró un perro y calló. Adentro, el reloj marcó una hora sin nombre. La orquesta, escondida tras un biombo, guardó los instrumentos con fervor de sacristía asustada.

Los religiosos ocuparon el proscenio. El Canónigo recitó una oración que se le enredó entre los dientes. Fray Modesto, quizá el único sincero, se arrodilló pidiendo perdón sin especificar si incluía al difunto. Sor Benigna intentó imponer silencio con su rosario, pero las cuentas sonaron a cascabel y cada golpe de madera fue rumor y acusación.

El cadáver inició su metamorfosis breve. De la púrpura pasó a un gris opaco; la piel se tensó en la barbilla; los ojos perdieron brillo. La farsa de la vida se licuó en un hecho prosaico. En el plato, el faisán parecía sonreír con pico de burla. La sala, antes ruidosa, respiró al unísono; los criados se inmovilizaron con el instinto de quien sabe que el siguiente movimiento podría contarse en su contra.

—Esto no puede quedarse así —dijo Doña Eufrasia, de pronto erguida—. Háganse cargo. Llamen a alguien.

—Nadie entrará esta noche —replicó Lucas—. Y nadie saldrá.

Recordé el rodar dócil de la copa del Marqués, cómo se detuvo junto a la servilleta, mortaja aplicada. Pensé en la segunda porción de faisán; en el tránsito entre cocina y mesa; en la coreografía de manos que sirven y distraen. Vi a Brígida, a Lucas, a Tomasa; vi a los que “fueron a saludar al otro lado”. Esos paseos desinteresados siempre esconden interés.

Me olí los dedos: el rastro persistía, insolente. Ese veneno tenía orgullo: quiso ser percibido. Obra de alguien que no teme el descubrimiento o que cuenta con el encierro como aliado.

—El Marqués ha muerto —dije—. Y con eso no se discute.

Nadie discutió. El cadáver unificó lo que el apellido no. Por primera vez, todos entendieron la misma frase. Nadie quiso levantar la copa. Yo escribí tres palabras que no admitían alegato: “El Marqués ha muerto”. Ponerlo por escrito me devolvió el cuerpo: no soy juez, ni verdugo, ni sacerdote; soy un periodista en una fiesta de máscaras, y el muerto eligió mi libreta como primera lápida.

A mi lado, Lucas desplegó otra servilleta. No cubrió el rostro del difunto; cubrió el faisán.

—Respeto al animal —dijo—. No tiene culpa de los hombres.

Alguna risa seca escapó, y de nuevo el silencio, animal tímido que entra cuando se le promete que nadie lo tocará. Las miradas se afilaron bajo la mesa. Un vaso rozó otro y el cristal cantó una nota breve, campana en miniatura.

La sala olía ahora a miedo y almendra. Las velas titilaron. El viento, afuera, hizo vibrar los postigos. Yo seguí la línea del mantel, el camino evidente y el secreto: de la cocina a la mesa, de la mesa a la boca, de la boca a la muerte. Pensé en la mano que barnizó el borde del plato o humedeció el relleno, en el pulso que no tembló, en la oportunidad que solo concede quien conoce la casa. Pensé, sobre todo, en el motivo: deudas, afrentas, amores rotos, humillaciones. Había de sobra.

Doña Constanza, rígida, sostuvo mi mirada un instante; la apartó. Don Gaspar jugueteó con el bastón como con una conciencia ajena. Doña Teodora, pálida, se abanicó con violencia, y el abanico sonó a bofetada. Brígida apretó el rosario hasta blanquear los nudillos. Tomasa se quedó quieta: en su inmovilidad había menos inocencia que paciencia.

—Tendremos preguntas —anuncié—. Aquí, y ahora.

Nadie bebió. El reloj sonó otra vez, tercamente. Las lámparas temblaron. El cadáver, ya definitivamente cadáver, enfriaba su sitio como brasero apagado. El salón, antaño reino del exceso, se volvió sala de espera. Yo cerré la libreta. La investigación no iba a empezar: llevaba minutos corriendo, desde que el Marqués pronunció la palabra “inmortalidad”.

Y aún no sabíamos lo mejor. Porque aunque todos lo odiaban, y todos tenían un motivo, solo uno tuvo el valor, la astucia y el acceso a la cocina suficiente para asesinarlo. Lo supe cuando levanté la vista y descubrí una

sonrisa mínima, una comisura satisfecha que intentaba esconderse. El dueño de esa sonrisa no lloraba, no rezaba, no brindaba. Esperaba.

Me devolvió la mirada, breve, como quien firma un documento invisible. Entonces comprendí que el primer interrogatorio ya tenía un rostro. Y que, a partir de ese momento, cada palabra sería un cubierto. Cada silencio, un cuchillo.

Capítulo 7

El alboroto, los gritos... y el vino derramado en vano

El momento posterior a un asesinato debería estar regulado por alguna etiqueta social, un protocolo que dictara quién debe gritar primero, quién debe desmayarse con elegancia y quién debe fingir horror sin mancharse el traje. Pero en La Bamba —como era costumbre— reinaba el caos, el desorden y esa tendencia muy mexicana a dramatizar primero y preguntar después. Lo que siguió al desplome del Marqués fue una comedia de errores, gritos y vino derramado con tanto fervor que el suelo del salón parecía un altar empapado de ofrendas.

El Marqués yacía sobre el faisán con la elegancia de un jabalí dormido, mientras su rostro adquiría tonalidades nuevas, inéditas, jamás vistas ni en tapices bizantinos. A su alrededor, la alta sociedad de la Nueva España se descomponía más rápido que el cadáver. El aire olía a sudor, perfume, grasa y miedo. Los candelabros lanzaban destellos amarillos sobre rostros enrojecidos; los abanicos se agitaban con desesperación; el murmullo crecía como un enjambre sin reina.

Doña Eufrosia se desmayó con un suspiro que parecía ensayo de ópera. Cayó sobre el sillón más cercano, al que no soltó ni muerta (ella o el Marqués). Doña Constanza soltó un chillido que podría haber espantado a los diablos, a las ratas y hasta al alma del difunto. Y Don Gaspar, a falta de reflejos emocionales, se sirvió más vino. Para los nervios, dijo. O para brindar por fin. A su lado, la Duquesa de Tlacotenco trataba de recordar si la extremaunción anulaba las deudas pendientes, mientras se retocaba los labios con un temblor casi artístico.

El Canónigo Timoteo intentaba organizar una oración colectiva, aunque con la otra mano escurría vino sobre la sotana. Fray Modesto bendecía lo que alcanzara —el cadáver, el faisán, el mantel, la copa caída— y Sor Benigna, convencida de que había comenzado el Apocalipsis, se aferró a una lámpara de aceite como quien espera ascender al cielo por vía luminosa. Las criadas, por su parte, corrían en círculos como gallinas decapitadas, y Lucas, el mayordomo, con la calma de quien ya ha visto otras muertes (y otras herencias disputadas), anunció en voz alta:

—El señor Marqués... ha concluido su banquete.

Brígida se santiguó con la cuchara de plata y masculló entre dientes: —Por fin, el muy desgraciado.

Tomasa, la cocinera, no dijo palabra. Pero quien viera bien su ceja arqueada habría notado la misma expresión que pone una gallina cuando por fin el zorro se atraganta. Su silencio era más elocuente que los gritos de toda la nobleza reunida. Nadie reparó en que su delantal estaba impecable, ni en la forma en que observaba los platos vacíos como quien repasa un crimen ya confesado. La cocinera sabía, o al menos intuía, más de lo que todos los presentes podrían soportar.

Yo, Domitilo Avitia, seguía tomando notas como un reportero en misa negra: nombres, reacciones y los diversos grados de hipocresía que se manifestaban en tiempo real. Había desde los que lloraban con profesionalismo hasta los que ya evaluaban los candelabros como posibles herencias. Algunos simulaban conmoción mientras sus ojos calculaban distancias y testamentos. Otros se limitaban a abanicar el aire denso, como si el viento pudiera borrar el veneno del ambiente.

Fue entonces que, como todo buen caos cortesano, llegó el grito fatal.

—¡Ha sido asesinado! —clamó Doña Teodora, con el dedo tembloroso apuntando al cadáver, aunque su puntería era tan mala que terminó acusando a un candelabro.

—¡Envenenado! —secundó Don Bartolomé, aunque no sabía distinguir entre arsénico y achiote.

—¡Esto es obra del demonio! —sentenció el Prior, justo antes de servirse un trago del licor de membrillo que aún quedaba.

El griterío alcanzó proporciones de motín. El aire vibraba con el entrechocar de copas, el sollozo impostado de las damas y las exclamaciones inútiles de los hombres, que ya discutían si el Marqués debía ser movido o si convenía dejarlo allí hasta que llegara un médico, un juez o un milagro. En medio del revuelo, una copa de vino —la tercera que caía esa noche— resbaló de manos temblorosas y fue a dar directo sobre el vestido de Doña Matilde Vargas de la Serna, quien profirió un insulto que hizo vibrar los vitrales.

—¡Maldita sea esta noche! ¡Hasta el vino se desperdicia! —gritó, más dolida por el derrame que por el muerto.

Y no la culpo. El vino era bueno. El Marqués no tanto. La frase corrió en silencio entre los sirvientes, que la celebraron con sonrisas cómplices. En una esquina, el violinista afinaba su instrumento, quizá por nervios, quizá por instinto; el sonido quebrado de las cuerdas parecía lamento o advertencia.

El reloj del comedor dio una campanada fúnebre. El cadáver seguía tibio. El faisán, frío. El ambiente, hirviendo. Alguien había cerrado ya las ventanas. Las puertas se mantenían abiertas... por ahora. La sensación era la de un barco encallado, donde todos sabían que el agua subiría, pero nadie quería ser el primero en mojarse los pies.

—Nadie sale —ordenó Lucas, sin elevar la voz. Su tono bastó para que los criados se congelaran y los nobles fingieran dignidad. —Hasta que se aclare esto, nadie cruza esa puerta.

El silencio posterior fue espeso, incómodo, casi sólido. Pude ver cómo los rostros se tensaban, cómo las sonrisas se borraban de golpe. Era el miedo disfrazado de compostura. Doña Constanza se desplomó en su asiento y comenzó a abanicar el aire frente a su cara como si la muerte pudiera disiparse. Don Gaspar murmuraba oraciones mezcladas con improperios. Fray Modesto sacudía la cabeza, lamentándose de que, por una vez, el infierno no hubiese esperado al día siguiente.

Yo me deslicé entre los convidados con la agilidad de un ratón con monóculo, oyendo murmullos, teorías, mentiras espontáneas y hasta un intento de suicidio por parte de un Vizconde que creyó que la muerte del Marqués lo convertía en heredero directo (y luego recordó que ni siquiera eran parientes). Las frases se atropellaban, las lágrimas se mezclaban con el vino, y las sospechas comenzaban a fermentar.

Brígida, que siempre supo cuándo hablar, se adelantó al centro del salón y golpeó una copa con una cuchara. El sonido agudo cortó el aire. Luego, con voz firme, tronó:

—¡Se acabó la fiesta! ¡Y más les vale que no se mueva nadie hasta que sepamos quién mató a este puerco condecorado!

Hubo un silencio. Por primera vez en toda la noche, el caos se detuvo. Las miradas se cruzaron con la violencia de espadas invisibles. Alguien soltó una risa nerviosa, otro tosió para llenar el vacío, pero el peso del cadáver los aplastaba a todos.

Solo se oyó un leve “gulp” del Canónigo, que bebía a escondidas lo que quedaba de vino, sin saber que aquello era, efectivamente, el último trago en libertad.

El crimen ya era oficial. El banquete, historia. Y el encierro... apenas comenzaba. En algún rincón, una mosca zumbó sobre el mantel. Yo abrí mi libreta. En la portada escribí: “La noche en que el Marqués murió y todos juraron no haberlo tocado”. Supe entonces que la verdadera cena apenas empezaba: la de las sospechas, los miedos y las mentiras que pronto llenarían cada plato vacío de La Bamba.

Capítulo 8

La clausura de las puertas

Nadie sale hasta que el asesino cante.

En otras casas, cuando muere el anfitrión, se llama a un médico, se cubre el cuerpo con una sábana y se suspende la música. En La Bamba, en cambio, el primer impulso fue sellar el mundo hacia adentro: se cerraron las puertas, se escondieron los cuchillos —menos los verbales— y comenzó la

verdadera fiesta, la de las sospechas. El sonido de los cerrojos, reseco y contundente, fue más sentencia que decreto.

Al apagarse los ecos, una inmovilidad nueva tomó el salón, no la del respeto sino la del miedo. El aire, ya espeso por el banquete, olía a sudor debajo de los encajes, a lavanda mezclada con vino y a grasa rancia.

El primero en dar la orden fue Lucas, el mayordomo. Con la dignidad de un virrey en bata, se plantó en la entrada del salón y declaró: —Por voluntad tácita del difunto, ningún invitado podrá retirarse hasta que sepamos quién lo despachó al otro mundo. Ni una mula sale de aquí. Ni un fraile. Ni una marquesa.

No era autoridad legítima, pero el manojito de llaves colgando de su cintura brillaba más que cualquier medalla. Las llaves tintinearón y un escalofrío recorrió los manteles.

—¿Y quién eres tú para dar órdenes? —preguntó Doña Constanza, ajustándose el tocado. —Soy el único que sabe dónde están las llaves, señora. Y el único que no se tragó ni una aceituna esta noche —respondió Lucas, con una sonrisa cortés y afilada.

La frase cayó como cuchillo sobre porcelana. Algunos protestaron, otros callaron. Brígida apareció detrás de Lucas con la cuchara aún en la mano y la mirada dura de quien ya ha enterrado demasiados amos para sorprenderse. Tomasa, inmóvil junto a la cocina, cruzó los brazos.

—Cierren todo —ordenó Lucas—. Bentaguren, los postigos. Jusepe, el portón del patio. Nadie entra, nadie sale.

Los cerrojos gimieron como almas viejas. Alguien empezó a rezar; otro preguntó si al menos podía fumar. Cada frase parecía chocar contra los cristales.

—¡Esto es un secuestro! —chilló Don Bartolomé. —¡Es una inquisición social! —declaró Doña Teodora, aunque nadie entendió. —¡Es una bendición! —murmuró Fray Modesto, que ya llevaba seis copas “de comunión”.

El cadáver del Marqués, cubierto a medias por la servilleta que Lucas le había echado encima, dominaba el salón con la gravedad de lo que ya no puede hacer daño y aun así lo hace. El faisán, aplastado bajo su rostro, despedía un aroma dulzón que ahora era recordatorio de que la gula también mata.

Los sirvientes —Brígida, Lucas y Tomasa— formaron una guardia silenciosa. Brígida juraba que el veneno estaba en la copa; Tomasa, que el faisán había sido manipulado; Lucas, con sonrisa de gato, solo observaba.

Los nobles se acomodaban como piezas de ajedrez. Algunos exigían un abogado; otros pedían más vino; varios —los endeudados— disimulaban un alivio indecente. Yo, desde mi rincón de “invitado no invitado”, observaba: los gestos, las miradas, las respiraciones contenidas.

En las primeras horas de un crimen, el ruido es mucho y la verdad poca. Solo cuando el miedo se calma empieza a hablar.

—Habrà que llamar a las autoridades —propuso alguien. —¿Y qué oficial vendrà a medianoche? —replicó Brígida—. ¿Uno sobornado por el Marqués en vida? ¿O el que le debe favores a Doña Eufrasia por su “convento de caridad” en Cuautitlán?

Silencio. El nombre cayó como piedra en agua quieta. Tomasa añadió, con calma peligrosa: —Y si alguien intenta salir... que le pregunte al perro del portón cómo le fue.

Nadie quiso saber a qué perro se refería.

Fue entonces cuando Doña Matilde, con su abanico tembloroso, propuso: —¡Que se designe a un investigador entre nosotros!

Las miradas rodaron como canicas y fueron a caer sobre mí. Yo, Domitilo Avitia, periodista por hambre e impostor por accidente, quedé de pie con el sombrero en la mano.

—¿Ése? —preguntó Doña Matilde—. ¿Y ese quién es? —Soy... el Barón de las Minas de Potosí —mentí. —No lo es —gritó Don Melitón—. Ese título está vacío desde 1643.

—Soy periodista —me corregí, resignado.

Lucas asintió. —Perfecto. Nadie mejor que un forastero. No tiene lazos, ni deudas... ni dignidad. Ideal para investigar.

El murmullo de alivio fue general. Mejor confiar en un extraño que acusar al primo. Aceptaron mi designación como se acepta una sangría: por superstición.

—Si voy a preguntar —dije—, necesito que nadie toque nada ni lave las manos. Ni la conciencia. —¿Con qué autoridad habla? —preguntó el Canónigo. —Con la del encierro —respondió Lucas—. Si el señor Avitia desea interrogatorios, los tendrá. Tomasa, un café. —Será fuerte —dijo ella.

Me acerqué al cadáver. El rostro del Marqués, rígido, mostraba la decadencia súbita de los valientes postizos. Los dedos hinchados apretaban una esquina del mantel. En el borde del plato un brillo sospechoso —¿grasa o veneno?— parecía querer confesar.

—No lo toquen —dije—. Abran solo una ventana. Que entre aire, no testigos.

La noche se asomó con olor a tierra y humedad. Afuera, los insectos cantaban; adentro, los corazones callaban. Doña Eufrasia se había repuesto con destreza teatral; Doña Constanza fingía llanto entre miradas afiladas; Don Gaspar contaba enemigos; Fray Modesto oraba y sorbía vino; el Canónigo recitaba latines inútiles; Sor Benigna apretaba su rosario como si abriera puertas.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó Doña Teodora. —De todos —respondí—. Es la única forma de empezar sin error.

—¿Y de los criados? —insistió. —Sobre todo de ellos —dije—. Son los que conocen los cuchillos. Pero aquí todos tenían algo que ganar.

Lucas no se ofendió. Asintió. Yo seguí: —Quiero saber quién acercó el faisán por segunda vez. —Yo —dijo Brígida—. Y no lavé las manos. No me dio tiempo. —La prisa es amiga de la verdad.

Un golpe retumbó en el portón. Nadie se movió. El encierro empezaba a volverse real. El aire se espesó. Las respiraciones eran contadas. Un mozo pidió sentarse. Nadie respondió.

—Pronto haré preguntas —dije. —La mayoría falsas —añadió Lucas. —Las suficientes verdaderas —respondí—, si sabemos oler.

—Habrá que apartar el vino —dijo Brígida—. No por moral, sino por método. —Quítenlo —ordenó Lucas—. Dejen agua y café. Hoy la piedad vendrá en jarra negra.

Doña Constanza protestó, pero bebió obediente. El agua sabía a castigo. Me senté, no por cansancio, sino por estrategia. Aprendí que los culpables confiesan por aburrimiento o vanidad. La Bamba, con sus grietas, retratos y moho, era un teatro perfecto.

—Se irá habitación por habitación —anuncié—. El salón primero, luego la cocina. Nadie habla si no es conmigo o con Lucas. Y el primero que intente fugarse conocerá al perro del portón. —Tiene nombre —dijo Tomasa—. Se llama Vizcaíno. —Los nombres afinan los colmillos —contesté.

El reloj marcó una hora incierta. El cadáver seguía tibio. El faisán, frío. El ambiente, hirviendo. Las ventanas cerradas, las llaves en el cinto de Lucas. Afuera, la noche escuchaba; adentro, el silencio ocupó su lugar a la mesa.

La clausura no fue solo física: fue un hechizo. Cada invitado quedó convertido en su propio guardián, cada mentira en espejo. Yo tenía una misión imposible: averiguar quién mató al Marqués, en una casa llena de sospechosos, con una cena envenenada, sin experiencia policial y con un único talento: saber cuándo el vino ya no es de buena calidad. Levanté la vista.

Comprendí que aquella noche, más que de justicia, sería de voces. Porque todos, tarde o temprano, cantan.

Capítulo 9

Sospechosos de noble cuna, secretos de baja estofa

Ser detective en una fiesta de aristócratas es como ser médico en un manicomio: uno diagnostica, pero no cura. En La Bamba, entre títulos rimbombantes, perfumes rancios y pelucas empolvadas, la locura venía de cuna y los secretos olían a cloaca. Yo, Domitilo Avitia, improvisado investigador por mandato del encierro, sentí que aquella noche no buscaba justicia, sino la verdad menos fea. Y eso ya era un milagro.

Apenas declarada la clausura del castillo, comencé mi ronda de interrogatorios. Nada formal, claro: sólo una mezcla de sonrisa hipócrita, copa en mano y preguntas disfrazadas de chisme. A la nobleza, si algo la mueve más que la codicia, es la oportunidad de hablar mal de los demás. En eso, la aristocracia y los mercados no se diferencian tanto.

Doña Eufrasia fue la primera. Me recibió con un temblor estudiado, una lágrima a medio camino del aplauso. Juró que jamás haría daño al Marqués, aunque en el mismo párrafo recordó que él una vez la acusó públicamente de tener diamantes de vidrio y de ser hija de un notario sin bigote. Casi lloró, pero se recompuso para preguntar, con voz que olía a misa mal cantada, si en caso de herencia compartida el testamento podía ser “modificado retroactivamente por el Espíritu Santo”. Le aseguré que, hasta donde sabía, el Espíritu no tramitaba herencias, pero sí solía aparecerse en testamentos dudosos. Sonrió como quien oye un buen rumor.

Don Gaspar, con media copa en equilibrio sobre la barriga y la otra media ya en su conciencia, me dijo que admiraba al Marqués “como se admira a un alacrán desde lejos”. Su deuda con él era “más simbólica que pecuniaria”, lo cual, traducido, significaba que le debía hasta los calzones. Negó haberlo asesinado, pero no negó haberlo deseado. Cinco veces. Hoy. En su boca, el resentimiento era casi una plegaria.

Doña Teodora fue más sincera. Dijo que deseaba la muerte del Marqués, pero “una muerte lenta, agónica, con picazón y derrames parciales”, no una caída tan súbita y elegante. Añadió que jamás usaría veneno: “Muy poco literario. Yo preferiría emparedarlo”. Tenía razón: hay crímenes que se escriben mejor que se cometen. Tomé nota de su precisión poética y de su mirada fija, como de actriz en ensayo de venganza.

Don Bartolomé, todavía ebrio y con el alma en suspenso, confesó que no recordaba si había insultado al Marqués esa noche o si sólo lo había soñado. En su confusión, llegó a creer que él mismo podía ser el asesino, y me rogó que lo mantuviera informado sobre mis hallazgos, en especial si resultaba culpable. Tomé nota de su franqueza etílica. Los borrachos, a veces, rozan la verdad sin reconocerla.

Doña Constanza, en cambio, ofendida de que nadie la hubiera considerado sospechosa principal, me abordó con decisión de actriz que exige su papel:

—Yo tenía razones, ¡y bien fundadas! Ese hombre mancilló mi honor.

—¿Cómo exactamente? —pregunté, preparando la pluma.

—Dijo que mi peinado parecía un nido. ¡Un nido, señor mío!

Y rompió en sollozos tan teatrales que un murciélago, confundido por el ruido, salió volando de su tocado como corroborando el insulto. Le ofrecí un pañuelo y un consejo: no volver a usar tocados con fauna incluida. No entendió el chiste. Los nobles no suelen entender los chistes que los describen.

Don Melitón, que confundía todo, juró que había llegado a celebrar el cumpleaños de su cuñado y que apenas ahora se enteraba de que estaba en otro castillo. Intenté explicarle la situación, pero cuando terminé, ya dormía sobre un cojín con forma de querubín, roncando en latín.

Don Hilario fue breve, directo y peligrosamente sincero:

—Yo solo vine por el vino y la posibilidad de ascender en la jerarquía nobiliaria. Lo primero lo conseguí. Lo segundo... aún no descarto métodos alternativos.

Le ofrecí un abanico. Lo rechazó diciendo: “Los inocentes no sudamos. Solo los traidores y los actores malos”. Mentía, porque sudaba como un horno bendito.

La Marquesa de Oxtotipac, en cambio, me recibió con un gesto que habría derrumbado una abadía. Su voz era de terciopelo y veneno.

—Yo no lo maté —dijo, mientras mojaba los labios en un licor viscoso—. Pero si me dices quién lo hizo, te invito a mi carruaje. Con ventana.

Anoté aquello como “posible manipulación sentimental... o tentativa de rapto”. No sería la primera vez que un investigador desaparece entre las faldas de la verdad.

Después llegaron los santos: Fray Modesto, Sor Benigna y el Canónigo Timoteo. Entre los tres sumaban más pecados que el libro de confesiones de un prostíbulo. El fraile olía a aguardiente y culpa reciente. La monja, resignada, sorbía sopa fría con una elegancia mística. El canónigo, con la sotana desordenada, miraba el cadáver con gratitud apenas disimulada.

—Fue un castigo divino —dijo Fray Modesto, limpiándose la boca.

—Fue un error logístico del cielo —corrigió la monja, con un suspiro.

—Fue una pena... que no ocurriera antes —confesó el Canónigo, y bebió como quien brinda por el alma recién liberada.

Yo asentí, fingiendo comprensión. En realidad, solo esperaba que alguien cantara. No un himno, sino una confesión. Pero nadie abría la boca para algo útil. Los secretos se acumulaban como moscas sobre el faisán, y yo sabía que aquella noche se parecería más a una función de comedia negra que a una investigación judicial.

A ratos, Lucas aparecía entre los grupos, supervisando el orden con su porte de general de cocina. Sus llaves tintineaban al ritmo de la sospecha. Brígida, desde la puerta, observaba con los brazos cruzados y una calma peligrosa. Tomasa seguía sirviendo café, pero en su gesto había una serenidad que me inquietaba más que cualquier acusación. Era la paz de quien sabe algo y lo guarda por deporte.

El aire se espesaba con rumores. Algunos invitados cuchicheaban sobre testamentos perdidos, otros sobre amantes secretos o deudas impagadas. Cada frase revelaba un pecado distinto: ambición, deseo, envidia, miedo. En un rincón, Doña Matilde aseguraba que el veneno venía de ultramar,

contrabandeado por monjes alquimistas; Doña Teodora juraba que había sido Tomasa; y Don Gaspar, entre hipos, aseguraba que el Marqués había muerto de aburrimiento. Todos querían tener razón. Nadie quería tener culpa.

Mientras caminaba entre ellos, comprendí que la investigación no era sólo un acto de lógica, sino de paciencia. En esas miradas relucientes había más mentira que en una homilía de cuaresma. Las palabras eran trampas: decían una cosa y ocultaban tres. Y sin embargo, el instinto me guiaba: entre tanto perfume caro y miedo mal disimulado, había una verdad pequeña, casi tímida, escondida entre risas y abanicos.

Me detuve frente al cadáver. El Marqués seguía con su gesto burlón, como si aún se riera de todos desde la eternidad. Pensé en los brindis, en las copas, en el faisán. Cada detalle era una pista o una distracción. Miré de reojo a Lucas; él también observaba, con el aire de quien ya sabe el final pero disfruta el espectáculo.

—¿Avanzamos, señor Avitia? —preguntó, casi sin voz.

—Avanzamos —respondí—. Pero despacio. En esta casa, la prisa huele a culpa.

La medianoche se estiró como un gato viejo. Afuera, la noche se había vuelto densa y muda. Adentro, las luces titilaban sobre rostros fatigados. Las damas se abanican por inercia, los hombres fingen valor. Nadie bebe, nadie come. El silencio pesa más que el cadáver.

Yo, entre tanto, aprendí algo valioso. No se trata de descubrir quién miente, sino de saber por qué todos lo hacen. En La Bamba, nadie es inocente. Solo hay gente que aún no ha sido descubierta.

Y mientras tomaba nota mental de cada gesto, comprendí que el verdadero crimen no era la muerte del Marqués, sino la vida de quienes lo rodeaban.

Capítulo 10

Fray Modesto, Sor Benigna y el Canónigo

Tres santos y ningún milagro

Uno pensaría —si uno fuera ingenuo, protestante o recién llegado— que entre tanta nobleza envenenada los representantes de Dios serían los únicos libres de pecado. Pero en La Bamba, la santidad era tan escasa como el pudor y la fe se traficaba al mismo precio que las especias finas. La escena, después del crimen, había perdido el aire trágico para convertirse en una procesión de murmullos: los santos estaban bajo sospecha.

Los tres ministros del cielo —Fray Modesto, Sor Benigna y el Canónigo Timoteo— se habían refugiado cerca del altar improvisado, como náufragos de su propia moral. Desde lejos, parecían santos en pintura: cada uno con su luz, su sombra y su máscara de recogimiento. Pero al acercarme, la

ilusión se deshizo. Ningún pincel podía ocultar el olor a vino, incienso y miedo.

Fray Modesto fue el primero en ceder. Su rostro, redondeado y brillante como un pan de cuaresma, tenía ese aire de hombre piadoso que se confiesa consigo mismo y siempre se absuelve. Se acariciaba la barriga con la paz del pecador que ya aceptó su destino. Lo abordé con la cortesía que uno reserva para los culpables potenciales.

—Fray —le dije, mientras abría mi cuaderno imaginario—, ¿sabía usted de algún conflicto entre el Marqués y la voluntad divina?

—¿Conflicto? ¡Jamás! —replicó con tono ofendido—. ¡El señor Marqués era un benefactor de la Iglesia! Donó candelabros, pan para los pobres y hasta un confesionario nuevo con cortinas de terciopelo. ¡De terciopelo, joven! ¿Quién hace eso hoy?

—Quizá quien teme ser escuchado desde el otro lado —respondí.

El fraile tragó saliva. Me observó como quien mira a un demonio disfrazado de escribano. Enseguida comenzó a justificar sus relaciones con el difunto: que si los donativos, que si las obras de caridad, que si las “visitas espirituales” al convento de las Hermanas Reparadoras. Pero cada palabra lo hundía más en un lodazal de contradicciones.

—El señor era un alma generosa —insistió—. A veces bebíamos juntos, sólo para fortalecer la amistad.

—¿Y el espíritu?

—El espíritu también. En forma líquida.

El fraile sonrió, pero detrás de esa sonrisa había un temblor. Confesó, tras una pausa que olía a remordimiento, que el Marqués conocía ciertos episodios de su vida monástica que jamás debían salir a la luz. Algunos implicaban a monjas jóvenes, otros a botellas antiguas, y uno —según admitió con voz apenas audible— a una procesión que terminó en el río.

—Nunca me chantajeó —dijo, bajando la cabeza—, pero no me dejaba olvidarlo. Me recordaba mis pecados como quien acaricia una serpiente.

Anoté en mi mente: *miedo, resentimiento, vino tinto*. El fraile era una culpa ambulante, pero no un asesino. Aun así, había algo en su temblor de manos que sugería que, de haber tenido valor, habría puesto el veneno en el cáliz y habría brindado por la redención.

Sor Benigna, por su parte, era el retrato de la santidad deteriorada. Sentada en un rincón, con las manos crispadas sobre un rosario de plata, tenía los ojos de quien ha visto demasiadas almas condenadas y teme ser la próxima. El hábito le caía pesado, como si la tela misma la acusara.

—Sor —le dije, inclinándome lo justo—, ¿cómo conocía usted al difunto?

—Lo conocí en el confesionario —susurró—. Venía cada mes, o cada pecado grave, lo que ocurriera primero. Decía que en mis consejos encontraba

consuelo. Mentía. Venía a escuchar los pecados de los otros. Y a reírse de ellos.

Su voz era un rezo mal dicho. Me contó que el Marqués había logrado apoderarse de un cuaderno con las penitencias privadas de varias damas y caballeros de la nobleza. “Los secretos de los bienaventurados”, lo llamaba. Con eso podía destruir reputaciones o comprar fidelidades. Sor Benigna, temiendo el escándalo, lo había rogado, suplicado y hasta ayunado para que se lo devolviera.

—¿Y lo consiguió?

—Nunca —dijo, crispando los dedos—. Pero Dios es justo. Y si no fue Él, alguien lo fue por Él.

Anoté: *fanatismo, orgullo, temor*. La monja era capaz de todo por preservar su reputación y su convento. Incluso de administrar justicia divina con sus propias manos. Pero su voz tenía la pureza del miedo, no la dureza del crimen.

El último era el Canónigo Timoteo. Lo encontré reclinado en un diván, con el rostro encendido y la copa de vino a medio vaciar. Su sotana tenía más manchas que una reliquia y el aire que lo rodeaba olía a arrepentimiento fermentado.

—Canónigo —le dije, omitiendo el título con premeditación—, ¿alguna disputa reciente con el Marqués?

—¿Disputa? ¡Por Dios, no! Éramos almas gemelas en la caridad y el buen gusto. Él donaba, yo bendecía. Todo era armonía.

—¿Y el testamento que firmó esta tarde? —pregunté, bajando la voz.

Timoteo palideció. Se revolvió en el sillón, buscando una frase en su catecismo interior y encontrando sólo tartamudeos.

—Ese documento... fue un favor pío. Una obra menor. Nada que valga la condena eterna.

Lo presioné con la mirada. Finalmente, estalló.

—¡Está bien! Lo falsifiqué. Cambié dos nombres y tres cifras. Pero lo hice por orden suya. El Marqués me lo pidió. Decía que un muerto puede ser generoso si uno sabe guiar su pluma. ¡Yo sólo ayudé a la providencia!

—¿Y qué recibió a cambio?

—Un jamón —confesó con voz solemne—. Y una botella de vino de Oporto.

—Bendecida, supongo.

—Varias veces —dijo, sonriendo con tristeza.

Lo observé unos segundos más. El canónigo no era un asesino, pero sí un cómplice natural de cualquier pecado. Si el Marqués cayó por veneno, él habría brindado con la copa vacía sin notar la diferencia.

Regresé al centro del salón con la sensación de haber salido de un confesionario sin absolución. Los tres representantes de Dios me habían

ofrecido versiones distintas del mismo infierno: uno temía el castigo, otra lo justificaba, y el tercero lo comercializaba. La santidad, concluí, es un lujo que nadie puede pagar sin hipotecar su conciencia.

Lucas, el mayordomo, me esperaba con su expresión impenetrable. Me ofreció una taza de café que olía a salvación amarga.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Son culpables?

—De muchas cosas —respondí—, pero no del crimen.

—Entonces estamos todos salvados —ironizó Lucas, mirando el cadáver.

El cuerpo del Marqués reposaba bajo una sábana que había perdido el blanco. Su rostro parecía dormir una siesta obstinada. A su alrededor, el aire estaba saturado de rezos truncos y de la sospecha que cada plegaria escondía. Miré al fraile, a la monja y al canónigo, que rezaban de nuevo, esta vez por costumbre o por culpa. Pensé que si el cielo existía, debía oler a vino viejo y miedo fresco.

Anoté en mi libreta mental la conclusión del día: *Los santos también matan, pero a su modo. Con silencios, con omisiones, con fe mal usada.* No necesitaban veneno. Les bastaba con no hacer nada.

Y mientras la noche se espesaba tras los postigos cerrados, comprendí que el verdadero milagro no sería descubrir al asesino, sino salir de aquella casa sin convertirme en creyente.

Capítulo 11

Don Domitilo Avitia, detective por necesidad

Si alguien me hubiera dicho esa mañana que terminaría la jornada como detective improvisado, encerrado en un castillo barroco, rodeado de asesinos potenciales, faisanes en descomposición y nobles con más secretos que dientes, me habría reído. O huido. O pedido otro café con aguardiente. Pero ahí estaba yo: Domitilo Avitia, cronista sin sueldo, periodista sin periódico, y ahora, investigador sin placa, sin método y con más intuición que prudencia.

No tenía lupa. Ni pistola. Ni sombrero de ala ancha. Pero tenía algo mejor: tiempo, curiosidad, y acceso libre a las copas de todos. Y eso, en un crimen de sociedad, vale más que cualquier evidencia. Aprendí que las verdades se filtran mejor con vino que con amenazas. Por eso, cuando me vi rodeado de aquella aristocracia perfumada y rencorosa, decidí servirme otra copa y comenzar mi trabajo.

Como todo detective que se respeta —o que se resigna—, empecé por hacerme notar. Caminé con solemnidad impostada, las manos cruzadas a la espalda, la ceja arqueada y el mentón levemente inclinado, como quien huele la culpabilidad en el aire. Un aire que, por cierto, ya olía a faisán tibio, a vino rancio y a culpa mal disimulada. Los invitados me observaban con un respeto que se parecía demasiado a la desconfianza. Sabían que uno de

ellos había matado al Marqués, y todos estaban seguros de que los demás lo sospechaban.

Doña Teodora fue la primera en acercarse, moviendo su abanico como si pudiera disipar el crimen con perfume.

—Domitilo —dijo con voz de terciopelo venenoso—, si me permite, creo que Sor Benigna está demasiado tranquila. Dicen que las monjas no tienen pulso... ¡pero esa mujer ni parpadea!

—¿Y usted por qué lo dice? —pregunté.

—Porque yo no me siento tranquila. ¡Y no he matado a nadie!

Lógica impecable. Sospecha innecesaria. Anotado.

Me alejé de ella y recorrí el salón como quien revisa una escena del teatro más que del crimen. Cada gesto, cada suspiro, cada mirada tenía el peso de una mentira o el eco de un miedo. Don Hilario, por ejemplo, murmuraba salmos en voz baja mientras tocaba las cerraduras de las ventanas, convencido de que algún espectro intentaría fugarse. Doña Eufrasia, en cambio, repetía una letanía de excusas cada vez que alguien cruzaba su camino: “No fui yo. Estaba en la sala. Con Doña Constanza. Jugando a mirar feo. Pregúntenle a ella”. Parecía ensayar su absolución ante un tribunal invisible.

Don Bartolomé de Zúñiga me interceptó con un gesto trágico. Tenía la copa temblorosa en la mano y el aliento espeso.

—Señor Avitia —dijo—, no me mire así. Yo también estoy confundido. Anoche soñé con una cucharita. ¡Y hoy el Marqués está muerto!

—Murió en la cena, no esta mañana.

—¿Lo ve? ¡Lo sabía!

Tercer hallazgo: la culpa no necesita pruebas, solo imaginación y una digestión nerviosa. La nobleza tenía un talento natural para autoinculparse de cosas que no había hecho y exculparse de las que todos sabían.

Doña Constanza, por ejemplo, se acercó a mí para reclamar que nadie la hubiera considerado aún sospechosa principal.

—Yo tenía motivos, ¡y de los buenos! —dijo—. Ese hombre mancilló mi honor.

—¿Cómo exactamente?

—Dijo que mi peinado parecía un nido. ¡Un nido, señor Avitia!

Y justo entonces, un murciélago salió volando de su tocado, confirmando la calumnia. El susto hizo que tres copas cayeran y una marquesa se desmayara con una elegancia sospechosa.

Mientras tanto, los criados cuchicheaban. Brígida discutía con Lucas, el mayordomo, sobre quién debía vigilar la puerta del corredor principal. Tomasa, la silenciosa, limpiaba la mesa con un trapo que parecía tener más autoridad que todos los títulos juntos. A diferencia de los nobles, ellos

sabían mirar sin hablar. Y eso, para un periodista, siempre resulta más peligroso.

Decidí registrar cada palabra torpe, cada gesto nervioso. El miedo se manifestaba en todos los tonos. Algunos rezaban, otros bebían, y los más inteligentes fingían aburrimiento. Pero la indiferencia, en una noche de asesinato, es la forma más hábil de confesión.

En medio del murmullo, escuché frases que merecían monumento:

—“Yo no fui quien movió el cuerpo.” —“No vi a nadie cerca del faisán.”

—“La copa que tenía en la mano era mía. ¡MÍA!” —“Yo no conozco a esa mula.” (Esta última, de Sor Benigna, quedó archivada para análisis posterior.)

Comencé a notar un patrón: todos temían a Lucas. No porque tuviera poder, sino porque tenía llaves. Y en La Bamba, quien controla las llaves controla la verdad. Lucas se movía con un sigilo de confesor y una autoridad que ni el virrey hubiera desafiado.

Fue entonces cuando, en un rincón polvoriento del salón de música, encontré algo que rompió la monotonía del delirio: un sobre pequeño, sellado con cera roja, escondido bajo el cojín de un sitial. Lo tomé con cuidado, temiendo que fuera una trampa o una carta de amor. Ambas cosas podían ser letales. La abrí y leí:

“Si algo me ocurre, busquen entre los míos. No entre mis deudas. Las traiciones, como el amor, siempre son de la casa.”

Firmaba: A. de la P. y A.

El Marqués había dejado una nota. Críptica. Poética y arrogante, como todo en él. La pregunta ya no era quién lo había matado, sino por qué diablos no lo habían hecho antes. Había logrado reunir, en una sola cena, a todos los que tenían motivos para odiarlo y copas suficientes para brindar por su muerte.

Guardé la carta y miré alrededor. Las conversaciones se habían reducido a susurros. El reloj marcaba una hora indefinida, las velas lloraban cera, y el cadáver empezaba a oler a soberbia. Pensé en lo absurdo de mi nueva profesión. Yo, que apenas lograba escribir sobre procesiones o mercados, debía ahora descifrar una mente asesina entre copas de vino y plegarias fingidas.

En eso, Brígida se me acercó, con el delantal manchado y la frente perlada de sudor.

—Si me permite, señor Avitia —dijo—, le aconsejo empezar por los que comen poco y hablan mucho. Esos son los que esconden veneno.

—¿Y usted?

—Yo cocino. No disimulo —respondió.

La mujer se alejó, dejando en el aire un aroma a ajo y advertencia. La observé perderse entre las sombras de la cocina y comprendí que el crimen

no sólo había matado al Marqués, sino despertado una guerra civil silenciosa entre sirvientes y amos. Allí todos se espiaban, todos conspiraban, todos temían ser el siguiente.

Tomé aire y observé el cadáver una vez más. El Marqués yacía sobre el mantel arrugado, con el faisán aplastado bajo su mejilla. La muerte no le había quitado la soberbia: parecía dormir el sueño de los que creen que aún mandan.

Pensé entonces que no resolvería ese crimen con lógica, sino con paciencia. No por vocación. No por talento. Sino por simple y llana necesidad. Necesitaba justicia. O al menos, una historia que pudiera contar sin vergüenza. En La Bamba, las buenas historias estaban empapadas de sangre... y perfumadas con faisán.

Y así, con una copa en la mano y la certeza de que nadie decía la verdad, empecé mi primera investigación formal. No con la fe de un detective, sino con el cinismo de un periodista que huele titulares. Porque en esta casa, la verdad no se encontraba en los rezos, sino en los brindis.

Capítulo 12

Las confesiones más tontas y las mentiras más elaboradas

Toda investigación criminal —al menos en los salones polvorientos de la nobleza virreinal— atraviesa una etapa crítica: la de las confesiones inútiles y las mentiras tan trabajadas que merecerían un premio al mejor guion de enredo. Esa etapa había llegado. Y yo, Domitilo Avitia, cronista metido a sabueso, me hundía en ella con la resignación de quien se lanza a un pantano perfumado con agua de rosas... y cadáver.

Comencé por anotar las confesiones más inocentes, esas pequeñas rendiciones que no resuelven nada pero rellenan horas de sobremesa. Don Melitón, el Vizconde confundido, se acercó con la solemnidad de un hombre que acaba de recordar un pecado doméstico.

—Yo debo confesarle, joven... que me robé una cucharilla —dijo, apretando la copa como quien aprieta un secreto—.

—¿Una cucharilla? —pregunté, levantando la ceja con la ironía necesaria.

—De postre. Con grabado. Me pareció elegante. Pero no maté al Marqués. Lo juro por San Isidro Labrador. O era San Sebastián... en fin, uno de campo.

Anoté la frase porque en La Bamba, hasta las cucharillas robadas podían ser metáforas o munición. El Vizconde, entre cabezadas y bostezos, no representaba peligro alguno salvo para las vajillas ajenas.

Doña Aldonza, la viuda eterna y maestra de funerales, me ofreció una confesión de otro porte. Me miró como quien examina a su último heredero y dijo, con esa voz húmeda que le permitía flotar entre la sinceridad y la estrategia:

—Yo lo amaba. En mi modo. En mis tiempos. Con mis recursos.

—¿Recursos? —inquirí, en mi papel de fiscal de la verosimilitud.

—Una dote modesta. Y un soborno al notario —respondió sin pudor—. Confieso que soñaba con eliminarlo... en la cama. Pero no lo hice. No llegué ni a la alcoba.

Apunté: “Motivación romántico-económica frustrada. Peligrosamente honesta.” Aldonza era capaz de teatralizar su arrepentimiento hasta convertirlo en arma; reconocer el deseo no la convertía en homicida, pero la hacía peligrosa en el teatro del rumor.

Hubo confesiones más patéticas que comprometedoras. Don Bartolomé, con la lengua ya torcida por el licor, volvió a presentar su hipótesis creativa:

—¡He recordado algo! Yo preparé el brindis final. ¡Tal vez le puse algo al vino!

—¿Recuerda haberlo hecho? —le pregunté, con paciencia profesional.

—No. Pero ¡imagínese si lo hubiera hecho! Qué tragedia... qué giro dramático...

Lo descarté por exceso de entusiasmo teatral. Algunos hombres confiesan para protagonizar la historia; otros lo hacen para evadirse de la culpa real.

Pasé a la Condesa de Nopalucan, Doña Matilde, envuelta en mantones y en su propia reputación. Sus manos temblorosas buscaban la certeza de un espejo que la afirmara.

—Yo jamás le haría daño a un ser humano. Mucho menos a un noble —dijo, con la mano en el pecho—.

—Pero usted decía que tenía motivos —recordé.

—¿Quién no? Ese hombre dijo una vez que yo fingía enfermedades. ¡Me tomó años construir mi reputación de mártir! ¡Y él la arruinó en una tertulia en Cempoala!

—¿Lo mató?

—No. Pero si descubre quién lo hizo... tráigamelo. Yo le enseño cómo se hace bien.

Apunté: “Culpable de ensayos, no de ejecución. Muy creativa.”

Hasta las confesiones absurdas servían para perfilar caracteres. La nobleza tenía un talento prodigioso para convertir la culpa en espectáculo. Pero en ese ruido había también mentiras raras, construcciones sólidas de falsedad que requerían más trabajo que cualquier testimonio honesto.

Don Gaspar, por ejemplo, juró con inflexión y pompa que, a la hora del crimen, asistía a un retiro espiritual en el retrete.

—¡Mi vejiga y mi corazón no están coordinados! —clamó, con gesto solemne—.

Brígida, con la claridad de la experiencia, lo señaló desde la cocina: lo vio salir del salón segundos después del desplome del Marqués.

—Mentira con goteras —anoté.

Doña Constanza negó conocer el contenido del testamento y afirmó que ni siquiera sabía leer. Cinco minutos después corregía con precisión un adjetivo en latín y citaba a San Jerónimo.

—¡Lo memoricé en el convento! —dijo, con voz de ofendida—. ¡De oído!

Anoté: “Sabe más que un escribano. Miente con elegancia.” Su falsedad no era torpe; era una performance destinada a confundir quien la mirara.

El Canónigo Timoteo, interpelado por inconsistencias, alegó un trance místico. Sin embargo, la servilleta de su cuello mostraba manchas de mole, vino y un rastro de tinta que, si uno era malicioso, podía llevar hasta la nota secreta del Marqués.

—¡Alguien me usó de servilletero! —protestó, con fingida indignación.

Anoté: “Delirio conveniente. ¿Actuación o distracción?”

Pero la mayor sorpresa vino de quien habitualmente callaba: Brígida. La ama de llaves, con su delantal limpio a medias y la frente perlada de sudor, se acercó un momento, con la sonrisa torcida que sólo tienen los que han visto demasiadas cenas.

—Yo sé quién tenía acceso a la cocina —dijo, sin más—. Sé quién tocó la copa. Y sé quién puso algo en el faisán.

—¿Y quién? —pregunté.

—Todavía no me decido —contestó, con la calma de quien guarda una carta ganadora—. Pero cuando lo haga... no será en voz baja.

La miré. Por un instante, entendí que no todo era confusión. Había hilos. Había un centro. Brígida no hablaba por simple autoridad doméstica; hablaba desde la posesión del detalle. Y en La Bamba, el detalle es el tribunal.

Mientras tanto, las mentiras se entrelazaban con verdades a medias. Una criada recordaba la hora mal; un cochero aseguraba haber visto a alguien en el postigo; una marquesa afirmaba haber oído un murmullo antes del grito. Todo daba vueltas en un carrusel de sospechas.

Comprendí entonces una ley que rige esos salones: la culpa se reconoce por lo que se desea confesar, no por lo que se niega. Y la mentira, cuanto más elaborada, más miedo intenta disimular.

Recogí mis notas y miré a los presentes. Aquel mosaico de confesiones inútiles y mentiras elegantes me ofrecía un mapa incompleto: sabía quiénes eran teatrales, quiénes tenían motivos, quiénes callaban por oficio y quiénes, por exceso de sinceridad, se incriminaban por sí mismos.

La noche avanzaba. La vela principal del salón consumía su último aliento de cera. Afuera, el viento se llevó un trozo de luna y dejó al descubierto un cielo limpio, indiferente a los dramas humanos.

Me serví otra copa y pensé en la estrechez de los motivos: la codicia, la envidia, la humillación, el deseo. Eran tan viejos como la nobleza y tan profundos como sus deudas. Y en La Bamba, como en cualquier otra casa de altos apellidos, lo que parecía absurdo a primera vista era el mapa hacia la culpabilidad.

Apagué el lápiz y cerré la libreta. Brígida había prometido una revelación, y eso bastaba. En el fondo, la verdad no estaba en las grandes confesiones ni en las mentiras majestuosas. Estaba, como siempre, en los detalles pequeños, en las cucharillas robadas, en una servilleta manchada, en una frase que nadie dimensionó.

Salí al corredor, dejando atrás la sala donde los nobles discutían la moral como si hubieran escrito el libreto. El aire nocturno olía a nopal y a vino viejo. Comprendí que la trampa no era descubrir a un asesino: era no perderse en los laberintos de la vanidad mientras uno lo buscaba.

Regresé al salón con la certeza de que, para encontrar la verdad, primero debía aprender a sortear las confesiones tontas y las mentiras elaboradas. Y a no fiarme ni del silencio más solemne.

Capítulo 13

Las servidumbres hablan

Brígida, Lucas y Tomasa entran en acción

En toda casa noble hay dos tipos de poder: el aparente —con sus títulos, pergaminos y pelucas empolvadas— y el verdadero, que se esconde tras delantales, cucharones y llaves colgando de la cintura.

En La Bamba, ese poder real tenía nombre, rostro y determinación de hierro: Brígida, el ama de llaves que sabía más de la historia de los marqueses que los notarios; Lucas, el mayordomo con alma de espía y sonrisa de confesionario; y Tomasa, la cocinera mayor, reina de la cocina y verdugo ocasional de faisanes y reputaciones.

Como todo investigador sensato —o desesperado— supe que había llegado el momento de oír a quienes realmente sabían lo que había pasado. Porque si algo me había enseñado la noche, era que los que limpian las copas también limpian las huellas, y los que sirven la cena escuchan lo que los demás callan.

Brígida fue la primera. Se presentó en el salón principal empuñando su plumero como un cetro de justicia doméstica. Caminó hasta mí, se plantó firme como una escultura de bronce y habló con ese tono de quien no pide permiso para existir.

—Ya se hartaron de hablar los inútiles. ¿Quiere usted que le diga algo útil?

—Por favor —respondí, con la reverencia debida ante un oráculo con delantal.

—La copa del Marqués estaba limpia cuando se sentó. Pero cuando el faisán llegó... ya no —dijo, con una calma que helaba.

—¿Quién la tocó?

—El Conde. O la Condesa. O alguien vestido como ellos. Hay tantos encajes en esta casa que ya no sé quién sirve el vino y quién se bebe los manteles.

—¿Y usted qué vio, exactamente?

—Todo. Siempre lo veo todo. Pero tengo el decoro de no repetirlo... a menos que alguien me prometa que los demás lo negarán.

Anoté: “Confesión pasivo-agresiva. Posee datos y rencores. Potencial testigo de juicio y verdugo moral.” Brígida no mentía. Nunca lo hacía. Decía la verdad en dosis homeopáticas, lo justo para mantener la intriga y la autoridad.

Antes de que pudiera insistir, apareció Lucas. Su andar era medido, como si el suelo le debiera respeto. Llevaba las manos cruzadas a la espalda, el mentón erguido y una media sonrisa que prometía secretos a quien supiera pagar el precio.

—Señor Domitilo —dijo en voz baja, sin mirar alrededor—. No es por alarmarlo, pero el Marqués ya había recibido amenazas.

—¿De quién?

—De sus amigos. ¿Quién más amenaza a un noble que otro noble con mejor caligrafía?

—¿Puede ser más específico?

—Escuché muchas cosas. Yo sirvo vino, pero también recojo murmullos. Algunos hablaban del faisán. Otros de la herencia. Y uno... uno dijo: “Así acabará él también”. No hablaban del ave.

—¿Quién lo dijo?

Lucas bajó la voz aún más, hasta el punto de que el aire parecía contener el secreto.

—Cuando encuentre el testamento, sabrá a quién beneficiaba. Y entonces... sabrá a quién no convenía dejar vivo.

Anoté: “Lucas sabe más que los confesores y disimula mejor que los abogados.” Había en él algo de actor que disfruta su papel. Jugaba con la información como un tahúr con las cartas marcadas.

La tercera en comparecer fue Tomasa, la cocinera. Llegó con su cuchara de palo como báculo, su delantal manchado de historia y su mirada de quien ya ha visto demasiadas muertes sin rezar por ellas. Su voz era grave, ronca, directa.

—¿Viene usted por el veneno? —preguntó sin preámbulo.

—¿Perdón?

—Siempre que muere alguien, me preguntan si lo envenené. Como si no tuviera oficio ni honor. —Golpeó la cuchara contra la mesa—. ¡Yo cocino, no mato!

—¿Y esta vez?

—Esta vez tampoco —dijo, y añadió tras una pausa—. No todavía.

—¿Qué preparó exactamente?

—Faisán con nueces, relleno de hongos y salsa de vino. Y dos palabras mal pronunciadas por el Marqués. Quería impresionar a los invitados, pero no sabía ni ordenar su plato sin humillar a alguien. Si alguien tocó la bandeja después... no fue mi culpa. Yo no vigilo manos ajenas.

—¿Notó algo extraño?

—Sí. Que nadie lloró. Y que el vino no se acabó. En esta casa, cuando el vino sobra, algo anda muy mal.

La miré. Ella me miró. Fue un duelo silencioso. Supe que sabía más de lo que decía, y ella supo que yo lo había notado. Había un pacto tácito en ese cruce de miradas: ella no revelaría nombres, y yo no insistiría... por ahora.

—¿Por qué calla? —pregunté.

—Porque el Marqués tenía cuentas conmigo. Pero no de las que se pagan con arsénico. De las que se cobran en silencio. Con tiempo. Y con postre.

Anoté: “Tomasa no mató. Pero no lo lamenta. Vigilarla igual.”

La ronda terminó, pero lo que dejaron sus palabras fue más valioso que cualquier evidencia. Los tres formaban un triángulo de poder que mantenía en pie la casa incluso cuando los dueños se desmoronaban. Ellos sabían todo: quién debía dinero, quién mentía, quién lloraba de verdad y quién fingía el temblor del rosario.

Volví a revisar mis notas: copas cambiadas, frases escuchadas, gestos de complicidad entre criados y nobles. La servidumbre se movía como una orquesta silenciosa bajo el estruendo de la hipocresía aristocrática. Cada palabra suya era una llave, y cada llave abría una puerta que los señores creían cerrada.

Esa noche comprendí que el crimen no había ocurrido en la mesa, sino mucho antes, en los pasillos donde Brígida dictaba el orden, Lucas lo ejecutaba y Tomasa lo sazónaba.

Ellos eran la memoria viva del castillo. Si alguien sabía quién había matado al Marqués, eran ellos. Y sin embargo, ninguno lo diría aún. Había orgullo en su silencio, una complicidad milenaria en la discreción del servicio. En La Bamba, los secretos no se cocinaban: se horneaban lentamente, a fuego bajo y con receta de familia.

Cerré mi libreta. Ya tenía más información de la que podía procesar y menos certezas de las que necesitaba. Afuera, la noche seguía igual de espesa. Dentro, los murmullos crecían como hongos tras la humedad del miedo.

Sabía que, si no los manejaba con cuidado, los criados podrían hundirme en más sombras de las que buscaba aclarar. Porque en La Bamba, los poderosos mandan... pero los sirvientes deciden cuándo obedecer. Y esa noche, me había ganado su atención.

Brígida, Lucas y Tomasa eran, en efecto, las tres columnas invisibles de aquel teatro barroco. Y si el crimen tenía autor, ellos lo conocían. El problema era que, para que hablaran, primero debía convencerlos de que yo merecía saberlo.

Así que cerré mi libreta, respiré el olor persistente del faisán y del vino, y me dije: “Domitilo, si no puedes hacerlos confesar... al menos procura que sigan cocinando para ti.” Porque en esta casa, el hambre de poder y el hambre de verdad se servían en el mismo plato.

Capítulo 14

Bailes interrumpidos, pasadizos secretos y un par de cartas sospechosas

Uno pensaría que, tras el asesinato de un anfitrión, la música cesa, las luces se apagan y los invitados se retiran llorando. En La Bamba ocurrió exactamente lo contrario: comenzaron a bailar. Sí, bailar. Porque Doña Teodora, con su talento para превращать la tragedia en espectáculo, pidió al violinista —que ignoraba la existencia del cadáver del Marqués— que ejecutara un minué. Y lo hizo. Con entusiasmo y con sordera.

—¡La fiesta debe continuar! —gritó la Duquesa de Tlacotenco, agitando su abanico como si pudiera espantar la sombra.

—¡El Marqués así lo habría querido! —exclamó Don Bartolomé, que había confundido el cadáver con un tapiz nuevo.

Observé la pista con la disciplina del cronista: los culpables, cuando bailan, se relajan, y en esa relajación cometen descuidos. Se tropiezan, exhalan verdades, o —lo más provechoso para un curioso— dejan caer papeles. Fue lo que sucedió al girar Don Gaspar en una figura torpe del zarabando: de su bolsillo cayó una carta doblada en tres. Intentó ocultarla con un gesto decidido; la dejó caer con la fragilidad de quien quiere que algo quede en el olvido. Pero mis dedos, más acostumbrados al hurto de crónicas que al carisma, la recogieron antes que su pie de seda.

La carta estaba escrita con tinta azul —un tono raro y deliberado— y contenía una frase breve y siniestra:

“Si él habla, caemos todos. El vino será tu salvación... y su condena.”

Firmada con una inicial apenas trazo: “A.”

Extendí la nota con la teatralidad necesaria. El Conde balbuceó, sudaba, tartamudeó excusas que olían a vino y a mentira. Las damas siguieron danzando, como si el mundo se redujera a encajes y ademanes.

—Charada, sí. Pero con cuerpo —murmuré, y volví la carta a mi bolsillo.

Al mismo tiempo, Doña Aldonza, en un paso de contradanza tan expresivo como un golpe de teatro, empujó una silla. Ésta, por capricho del tiempo o por diseño de murallas viejas, hizo resonar una pieza de madera oculta. Sonó un clic, seco, que cortó la música como quien corta una punta de vela. Y de la pared, tímida y obsecuente, se abrió una rendija. Un fragmento de mampostería se deslizó dejando al descubierto un estrecho pasadizo.

El violinista, todavía lejos de enterarse, tocó un atril imaginario hasta que Doña Matilde le propinó una bofetada coreográfica que lo devolvió al presente. Los invitados se detuvieron. Se miraron. La máscara de la juega comenzó a resquebrajarse.

—¡Un pasadizo! —dijo Lucas con la calma de quien conoce secretos desde que tomó servicio en La Bamba—. Traed velas.

Entramos en fila por el corredor oscuro, guiados por llamas titilantes y una mezcla de curiosidad y temor que calzaba mal con las zapatillas de gala. El aire era húmedo; olía a papel y a madera vieja, y a secretos que no se atrevían a respirar. Brígida, que había tomado el mando por costumbre, avanzó con paso seguro; no pedía permiso porque no le hacía falta. Sus ojos, acostumbrados a ver la intimidad de los habitantes, destilaban impaciencia.

Al final del pasadizo, una habitación pequeña, olvidada, cobijaba un escritorio desvencijado y un baúl con candado abierto. Parecía un relicario de pequeñas vergüenzas. Rebuscamos con cuidado. Había botellas vacías con etiquetas en latín, polvo, algunas monedas antiguas, papeles deshilachados... y otra carta.

Esta carta no amenazaba; declaraba. Era un testamento, pero no uno tradicional. No estaba firmado con un notario ni llevaba el sello de la ley. Solo contenía una sentencia breve, escrita con la arrogancia de quien imagina su propia desaparición:

“Si alguno me sobrevive, que herede lo que sepa administrar. Y que se atreva, si puede, a mirar este lugar sin vergüenza.”

La ausencia de firma era más elocuente que un juramento de hierro. El testamento insinuaba que el Marqués no solo esperaba la traición; la había provocado. Había dejado una prueba para demostrar que su muerte era, de algún modo, parte de su legítima historia.

—Esto no es legal —murmuró el Canónigo, asomando la cabeza con más miedo que fe.

—Esto es peligroso —replicó Sor Benigna, que parecía por un instante haber olvidado su voto de discreción.

Yo no dije nada. Solo anoté, con la frialdad de quien halla un titular: “El Marqués conocía el peligro. Su muerte fue esperada, preparada como una prueba. No hay heredero, sólo una trampa.”

Volvimos a la sala cuando el violinista, desconcertado, comenzó otra pieza que nadie bailó. El aire se había vuelto tautológico: allí donde antes hubo

música, ahora había sospecha. Las miradas se clavaban unas a otras como alfileres. La carta de Don Gaspar y el testamento hallado en el pasadizo comenzaban a funcionar como dos polos magnéticos que atraían culpas.

Lo más perturbador no era solo lo que leíamos, sino lo que no se decía. En el rincón del salón, Doña Teodora fingía indignación; sus ojos, sin embargo, brillaban con la curiosidad de quien cuenta historias. Don Bartolomé, que había confundido cadáver y tapiz, recobraba la compostura con la torpeza de quien intenta liberar su conciencia con pasos de danza. Doña Aldonza, la misma que había activado el pasadizo, miraba el baúl con una mezcla de triunfo infantil y pesar. ¿Había sido ella una heroína accidental, o el instrumento de un plan más retorcido?

Decidí acercarme al baúl y palpar los bordes del testamento. El papel tenía marcas de pliegues repetidos, como si alguien lo hubiera leído muchas veces, o lo hubiera manipulado en busca de un nombre. Ninguno aparecía. Nada que señalar. Un vacío lleno de intención.

—¿Por qué no nombró a un heredero? —susurró Doña Constanza, que parecía haber recuperado la voz después del sobresalto.

—Tal vez porque quería que el heredero se buscara —contestó Don Hilario con la simplicidad de quien confunde fortuna y justicia—. O tal vez porque quería demostrar algo: que la casa tiene memoria y que alguien debía merecerla.

La hipótesis resonó en la sala con un eco que parecía una sentencia. El Marqués, en vida, había armado un rompecabezas que ahora los vivientes debían resolver sin ayuda del más érase. Había preparado su muerte como un juego de pistas, y esa verdad nos situaba a todos en un tablero donde las reglas cambiaban según quién moviera la ficha.

Mientras los invitados se dispersaban en pequeños grupos, el murmullo se transformó en plan de acción: buscarán testigos, compararían copas, pedirían que nadie tocara nada. Se organizaron patrullas improvisadas: algunos mirarían las habitaciones, otros revisarían los cofres, y un par de curiosos —entre ellos yo— decidirían interrogar a los sirvientes con más detenimiento.

Pero la carta de tinta azul seguía caliente en mi bolsillo. La inicial “A.” podía significar muchas cosas: Aldonza, Abundio (si es que escribía en vida), o una voz anónima que no quería ver su nombre en el papel. Era una clave. Y el testamento sin firma, una provocación. El Marqués no había sido víctima de un arrebató; había sido autor de un último acto teatral.

Salimos del salón con la sensación de que la noche, lejos de amainar, se espesaba. El baile había servido para desvelar un hueco en la pared; el hueco en la pared nos había entregado una carta; la carta nos devolvía la certeza de que el asesinato tenía intención y propósito. Entre música, pasadizos y cartas, se configuraba una acusación muda: alguien en la sala había sido llamado por el Marqués a sostener su legado o a cargar con su culpa.

Al volver al salón, crucé miradas con todos. Algunos me escudriñaban como si yo llevara en la pluma la sentencia final; otros me miraban con miedo: el tipo de miedo que nace cuando se comprende que el juego ha dejado de ser una farsa.

El testamento y la carta eran ahora piezas de un rompecabezas que todavía no sabía armar. Pero una cosa quedó clara: en La Bamba, la muerte no había quebrado el orden; lo había revelado. Y ese orden, tejido con mentiras, vanidades y deudas, iba a exigir su precio.

Capítulo 15

Un duelo de acusaciones al calor del chocolate

Hay algo profundamente irónico en la nobleza: pueden pasar horas sin pronunciar palabra entre ellos, pero bastan tres sorbos de chocolate caliente para que las lenguas se desaten y las puñaladas —verbales, de momento— empiecen a volar. Y eso fue exactamente lo que ocurrió esa madrugada en el castillo de La Bamba cuando, en un intento patético de recuperar la compostura, Doña Eufrasia ordenó que se sirviera chocolate “para calmar los nervios y revivir la cortesía”. Dijo cortesía, pero quería control. En casas como ésta, el azúcar es una fusta.

Brígida apareció con una bandeja de loza humeante, la mirada en guardia y el mentón en alto, como quien trae un sacramento del que desconfía. Tomasa, desde la cocina, había preparado un brebaje tan denso y oscuro que, al verse, parecía tinta caliente. Cada taza venía con su espuma, su perfume de canela y un recordatorio de que la noche aún no se rendía. Alrededor de la mesa, las velas chisporroteaban como si también quisieran participar en la discusión. Fue apoyar la bandeja y empezar el duelo.

—Al menos sembremos dignidad entre las ruinas del crimen —proclamó Doña Eufrasia, con la voz temblorosa y las uñas peligrosamente firmes, apenas conteniendo el temblor del labio.

Nadie la obedeció. Porque la dignidad, en La Bamba, dura menos que la espuma del cacao. Doña Teodora, que no sabe qué es un silencio cuando hay posibilidad de acusar, alzó la taza y, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, habló con el abanico apuntando como un punzón.

—Yo no quiero señalar —dijo, señalando—, pero hubo quien tuvo acceso al faisán antes del brindis final. ¿Quién pidió dos porciones y regresó una a la cocina?

—¡Porque tenía una mosca! —bramó Don Gaspar, enrojecido por la ofensa y por el vapor del chocolate—. Y si vamos a hablar de idas y venidas, hablemos del postre sin tocar de Doña Constanza. ¿Qué escondía usted en su natilla?

—Mi natilla es inmaculada —replicó Doña Constanza, poniéndose de pie con tanta brusquedad que la peluca se le deslizó un dedo, revelando una calva honorable—. Si alguien cambió platos, no fui yo.

—Yo la vi intercambiar —terció Don Hilario, que a la segunda taza de chocolate adquiría una memoria prodigiosa y un heroísmo de café—. Puso su plato donde antes estaba el del Marqués.

—Usted no ve ni sus deudas —lo cortó Doña Matilde—, y eso que son más visibles que su bigote. No confunda sus visiones con pruebas.

El Canónigo Timoteo, todavía con la taza en alto como si impartiera una bendición, intentó apaciguar al rebaño.

—Seamos cristianos. No acusemos sin pruebas.

—Usted falsificó tres nacimientos y dos bodas en menos de un año —le recordó Fray Modesto, con el rigor de un inquisidor y la barba todavía perfumada de faisán.

—Y usted se comió el plato del Marqués cuando él cayó —apuntó Sor Benigna, empuñando el rosario como una espada—. El respeto no se sirve con salsa.

—Era por respeto —balbuceó el fraile, arrancándose una brizna de piel de almendra de la barba, con la torpeza de quien busca absolverse a dentelladas.

Yo observaba. Nada revela mejor el alma que una taza caliente en la mano y una ofensa reciente en la lengua. El salón hervía. El espesor del chocolate, la vibración de las voces, la penumbra oscilante de las velas: todo contribuía a la sensación de que la casa entera se contraía alrededor de su secreto. El cadáver, al fondo, bajo la sábana que ya había perdido el blanco, parecía escuchar. Me incliné sobre la mesa como un notario sin acta, atento a cada frase que se deshacía como espuma.

—El culpable está aquí —gritó Doña Aldonza, encendida por el azúcar y el rencor—. Y no se llama Aldonza. Y mucho menos Gaspar, aunque todo apunte a él.

—¿Y por qué no? —preguntó Doña Teodora, siempre dispuesta a encontrar un culpable que no fuera ella—. Tenía deudas. Tenía hambre de herencia. Tenía moscas imaginarias.

—Porque sería demasiado evidente —replicó Aldonza—. Y en estas historias, lo evidente siempre es una coartada.

Hasta entonces, Don Bartolomé había dormido como un santo de yeso. Despertó de pronto, de un sobresalto teatral, con los ojos húmedos y la voz de oráculo cansado.

—Yo vi al asesino —anunció.

—¿Quién? —preguntamos todos, en un coro que por una vez no desafinó.

—En mi sueño —remató con triunfo—. Un ciervo blanco, con capa. Hablaba en griego.

Brígida se acercó, le retiró la cucharilla con la delicadeza de quien desarma a un niño y se la guardó en el bolsillo. Nadie protestó. A veces la sensatez adopta formas humildes.

Tomasa observaba desde el umbral, con los brazos cruzados y la cucharota descansando como un cetro. No bebía. No hablaba. Miraba. Yo me dije: donde los nobles desperdician saliva, los sirvientes hacen cuentas.

El duelo de acusaciones continuó, más abrasivo que el cacao. Doña Eufrasia sostenía la taza con ambas manos, como si rezara. Sus dedos no temblaban. Eso me pareció más sospechoso que cualquier grito. Don Hilario alternaba sorbos y latinajos. El Canónigo, al verse arrinconado, intentó refugiarse en la solemnidad.

—Ruego silencio —dijo—. Nos desviamos de la caridad.

—La caridad no es un detergente —lo corrigió Sor Benigna, que ya no fingía suavidad—. No borra manchas de tinta ni de pecado.

Fue entonces cuando Lucas se puso de pie. La sala se contrajo. Hay hombres que, al levantarse, imponen silencio no por estatura, sino por oficio. El mayordomo era uno de ellos. Tenía la autoridad de la llave y la memoria del pasillo. Su sombra se alargó sobre el mantel como una hora maldita.

—Si no lo dicen ustedes —dijo, sin elevar la voz—, lo diré yo: el Marqués sabía que lo matarían. Por eso alteró su testamento. Por eso dejó pistas. Por eso me encargó guardar el sobre rojo.

—¿Qué sobre rojo? —pregunté, sintiendo cómo el silencio se llenaba de latidos.

Lucas me miró apenas, no como a un aliado, sino como a quien le toca barrer vidrios rotos.

—El que desapareció de su escritorio la mañana de la fiesta —explicó—. Yo lo guardé en la alacena del oratorio, dentro de una caja de pan bendito. Cuando volví por él, ya no estaba.

Las tazas quedaron suspendidas a medio camino de las bocas. Un murmullo creció como humo. ¿Quién había entrado al oratorio? ¿Quién conocía la alacena? ¿Quién se atrevería a abrir una caja con la palabra “bendito” sin sentir que una llama invisible le rozaba los dedos?

—¿Qué contenía? —susurró Doña Eufrasia, sin color en la voz.

—Una carta con un solo nombre —dijo Lucas—. El del asesino. El Marqués lo escribió de su puño y letra la víspera. Me lo dijo: “Si caigo, que no caiga la casa”. Yo debía entregarla al amanecer... si algo pasaba.

El silencio siguiente no fue una pausa: fue una condena. Todos miraron a todos. Las sospechas se corrieron como manchas de aceite sobre un mantel. Doña Teodora dejó caer el abanico. Don Gaspar apretó el borde de la mesa. El Canónigo volvió a beber, esta vez sin bendecir. Sor Benigna movió los labios, pero no salió oración. Brígida no parpadeó. Tomasa sonrió, leve, como quien confirma algo que ya sabía.

La lógica más elemental reventó en la sala: si existía un sobre con el nombre, alguien lo había robado. Y si alguien lo había robado, esa persona

tenía miedo. El miedo, en estas casas, no siempre delata al culpable; delata al que se sabe señalado. Me prometí encontrar ese sobre aunque tuviera que desmontar el oratorio piedra por piedra.

El chocolate, mientras tanto, se enfriaba. Nadie bebía. El perfume del cacao, antes promisorio, se volvió una melaza inmóvil. Sólo se oía el chisporroteo de las velas y, de cuando en cuando, el roce de una cuchara contra el plato, como un reloj obstinado.

—Si el sobre existió —se atrevió Doña Constanza—, puede no significar nada. El Marqués era dramático. Le gustaba repartir sustos.

—Le gustaba mandar —corrigió Brígida—. Incluso muerto.

—¿Y si el nombre estaba equivocado? —arriesgó Don Hilario—. Es fácil equivocarse al borde de la muerte. Yo, cuando estornudo, escribo con la mano izquierda.

—Usted escribe mal con ambas —dijo Doña Matilde.

Me incliné hacia Lucas.

—¿Alguien vio ese sobre, además de usted?

—Nadie —respondió—. Pero hubo quien preguntó por papeles. Tres personas. A distintas horas. Con distintos pretextos.

—¿Quiénes?

—No lo diré aún. Primero quiero saber quién se atrevió a entrar al oratorio.

—Yo entré —dijo Sor Benigna, con la entereza de quien acepta una culpa menor—. A recoger un misal. No vi sobres.

—Yo también —admitió el Canónigo—. A rezar por el alma del anfitrión. La puerta estaba entornada.

—Y yo —agregó Doña Eufrasia—. Tenía frío. El oratorio guarda el calor de los rezos.

Las tres confesiones flotaron sobre la mesa como globos negros. Pocas veces vi tanta pureza en tan conveniente coincidencia. Lucas no los miró; miró mis manos, como si yo sostuviera la llave que le faltaba.

—No discutamos —dijo Doña Teodora, volviendo a la taza como quien vuelve a una coartada—. Dejemos que el señor Avitia pregunte. Y que la conciencia responda.

—La conciencia, en esta casa, es sorda —replicó Tomasa.

Me puse de pie, no por autoridad, sino para cambiar el aire de mis pulmones. A veces basta con moverse para que una idea se suelte. Caminé hasta la ventana, aparté el postigo y dejé entrar un soplo de madrugada. Del patio vino un olor a nopal mojado y a carbón dormido. Cerré de nuevo. Había que mantener adentro ese olor a encierro; el encierro hace hablar a los valientes y toser a los mentirosos.

—Escuchen —dije—. Alguien tomó el sobre rojo. Alguien supo dónde estaba. Alguien conocía la alacena del oratorio o recibió el dato. No voy a preguntar

quién fue. No aún. Sólo diré esto: si el sobre aparece, el nombre escrito allí no será una sorpresa para nadie. Porque todos, en el fondo, saben quién tenía más que ganar con esta muerte.

Nadie respondió. Pero vi dos rostros buscar el suelo, uno buscar techo y otro buscar mi pluma. Ese instante me bastó. El capítulo del chocolate no reveló un culpable; reveló el miedo correcto. El miedo huele distinto cuando habla el inocente, y esta sala empezaba a oler a miedo culpable, mezclado con canela.

Lucas recogió una servilleta del piso, la alisó con la palma, como quien alisa un mapa.

—Si esa carta aparece —dijo—, el nombre del asesino estará allí. Y entonces, señor Avitia, a usted le tocará leerlo en voz alta.

—Lo haré —respondí—. Aunque nadie me aplauda.

Volvió el silencio. El chocolate se quedó inmóvil en las tazas, como un lago oscuro a punto de helarse. Los invitados volvieron a sus asientos, no por cansancio, sino por necesidad de sostener algo que no fueran sus propias mentiras. Alcé la vista hacia el retrato torcido del antepasado que miraba la escena con desdén eterno. Pensé que la casa, por primera vez en mucho tiempo, estaba a punto de decir la verdad. No porque la mereciera, sino porque le pesaba guardarla.

El crimen seguía caliente. El cacao se hizo frío. Y la madrugada, afuera, parecía esperar nuestra próxima mentira para amanecer.

Capítulo 16

El salón de las revelaciones y las máscaras caídas

Cuando una casa noble se convierte en escena del crimen, tarde o temprano se convierte también en teatro. Y en La Bamba, el salón principal —ese mismo donde se brindó, se lloró, se bailó y se murmuró— se transformó, entrada la madrugada, en tribunal improvisado, confesionario obligado y escenario de revelaciones escandalosas. Lucas, el mayordomo, se encargó de reacomodar las sillas en semicírculo, como si fuéramos a participar en una dinámica de grupo de aristócratas arrepentidos. Brígida trajo candelabros. Tomasa, chocolate recalentado. Y yo... el cuaderno ya casi lleno de verdades a medias y mentiras completas.

—Es hora de hablar —dije, de pie, con el tono que uno imagina usar solo una vez en la vida.

—¿A quién se dirige? —preguntó Doña Constanza.

—A todos. Y a cada uno —respondí, con pausa dramática incluida.

Aclaré la garganta, y comencé a desenrollar la noche, como si fuera un telón de terciopelo húmedo:

—El Marqués murió, sí. Pero no fue por azar, ni por comida en mal estado, ni por castigo divino. Fue por alguien que sabía exactamente lo que hacía.

Alguien que planeó cada movimiento... pero no contó con que un error tan pequeño como un sobre desaparecido, o un testigo inoportuno, lo pondría todo en riesgo.

Un murmullo corrió por el salón como corriente helada. Algunos fingieron indiferencia, otros buscaron la mirada de sus cómplices imaginarios. Los candelabros parecían más altos que nunca, como si quisieran iluminar las conciencias, no los rostros. Afuera, un viento seco azotó las ventanas. Dentro, el aire era puro sudor.

—¿Y ya sabe usted quién fue? —preguntó el Canónigo, más pálido que su sotana.

—Aún no del todo —mentí—. Pero estamos cerca. Muy cerca. Tan cerca que quizá algunos de ustedes estén sudando más de lo normal.

Don Gaspar sacó un pañuelo. Doña Matilde pidió agua. Don Hilario pidió un testamento en blanco, por si acaso. Doña Teodora cerró el abanico con violencia, como si con ese chasquido pudiera borrar su nerviosismo. Sor Benigna comenzó a rezar, pero a juzgar por el ritmo de sus labios, más que orar se maldecía a sí misma por estar presente.

Fue entonces que Lucas regresó, con un papel en la mano.

—Lo encontré detrás del tapiz. El sobre rojo.

El silencio fue tan denso que el candelabro titiló de miedo. Caminé hacia él con la solemnidad de quien sabe que un solo papel puede pesar más que un cadáver. Lo abrí. Dentro, una carta manuscrita con letra temblorosa, pero aún firme, como quien escribe sabiendo que esa será su última palabra.

“Si esta carta es leída, es porque ya no existo. No intento buscar venganza. Pero sí verdad. Entre quienes me acompañan esta noche, uno me odia lo suficiente como para matarme. No lo culpo. Yo también me detesto a veces. Pero que no finja. Que no esconda la mano.

Que no pretenda inocencia cuando todos somos culpables de algo. El veneno fue elegido con cuidado. No mata al instante, sino que permite ver quién tiembla. Quién miente. Quién huye. Yo los veré desde donde esté. O desde donde caí.”

—Abundio de la Piña y Alcocer, Marqués de La Bamba.

La carta cayó al suelo. Las máscaras, también.

—¡Él lo sabía! —exclamó Doña Teodora, llevándose ambas manos al pecho—. ¡Planeó su muerte como si fuera una función teatral!

—¡Y nos puso a actuar a todos! —añadió Don Bartolomé—. ¡El Marqués era un titiritero hasta muerto!

—Eso lo sabíamos todos —replicó Brígida—. Pero hay alguien que sabía lo del veneno... antes de que se confirmara.

La sala giró la cabeza como una orquesta sin partitura. Todos buscaron el dedo acusador antes de escuchar la acusación. Yo contuve el aire.

—¿Quién? —preguntó Lucas.

Brígida señaló, con el índice tieso como un sable. Pero no alcanzó a decirlo. Porque la puerta del salón se abrió con violencia.

Y allí, en el umbral, alguien a quien todos creían dormido... o borracho... o simplemente estúpido, se plantó con una sonrisa entre mística y homicida.

—Buenas noches. O buenos días. ¿Llegué tarde a la verdad?

Era Fray Modesto. Con la sotana desabrochada, una copa de vino en la mano... y un sobre en la otra.

—Este también lo encontré —dijo—. Y creo que les va a interesar. Aunque les advierto... ya no habrá máscaras.

El salón contuvo el aliento. El fuego de las velas pareció inclinarse hacia él, como si quisieran oírlo de cerca. Yo avancé unos pasos. El fraile, tambaleante pero lúcido, extendió el sobre como quien ofrece una hostia envenenada.

—¿Dónde lo halló? —pregunté.

—En la sacristía del oratorio —respondió—, dentro del cáliz mayor. Donde nadie busca verdades, solo consuelos.

Tomasa se santiguó sin fe. Lucas, por primera vez, pareció desconcertado. Brígida cruzó los brazos; no era miedo lo que la movía, sino un desprecio antiguo.

—¿Y qué contiene? —preguntó Doña Constanza, la voz quebrada por la ansiedad.

—Una segunda carta —dijo el fraile—. No del Marqués... sino de alguien más. Tal vez del asesino. O de quien quiso parecerlo.

La sostuvo frente a la luz. La cera del sello se había derretido a medias, como si el calor del vino la hubiera ablandado. Rompí el sello con cuidado. Leí.

“Si la justicia humana no alcanza, que la divina se entretenga. Lo hice por amor, y por miedo. Por ambos, que a veces son lo mismo. Nadie entenderá el gesto, ni el veneno, ni el motivo. Pero el Marqués conocía mi secreto, y prefirió el escarnio antes que el silencio. Yo elegí callarlo. Con vino y perdón.”

No había firma. Solo una marca: un círculo con una cruz en el centro. El símbolo del convento de las Ánimas Dolorosas.

—Sor Benigna —susurré.

La monja dio un paso atrás. Sus dedos soltaron el rosario. Cayó al suelo, rompiéndose en cuentas dispersas que rodaron bajo los sillones.

—Yo... —balbuceó—. No fue odio. Fue piedad. Él iba a revelar cosas que habrían destruido vidas. La mía, la del Canónigo, la del propio Fray Modesto...

—¿Y eligió matarlo para salvarlas? —pregunté.

—No lo maté —gritó—. Solo puse la copa frente a él. Él bebió. Él brindó. Él se rió. Yo no supe que el vino ya estaba maldito.

Lucas asintió lentamente.

—El veneno estaba en el vino —dijo—. No en el faisán. Siempre lo sospeché.

Doña Eufrasia se desplomó sobre una silla. Don Gaspar comenzó a reír nerviosamente. Doña Teodora se persignó tres veces. Yo cerré la carta. La historia se había revelado sola.

El Marqués había escrito su epitafio con la pluma del orgullo y lo había sellado con el miedo ajeno. Sor Benigna, creyendo salvarlo del escándalo, le ofreció la copa final. Y el resto de nosotros, simples espectadores, bailamos al compás del crimen.

Afuera, comenzaba a amanecer. Las velas se consumían. La casa, exhausta, respiraba. Lucas recogió los restos de las cartas, las guardó en el bolsillo y dijo:

—El teatro terminó. Ahora empieza el duelo.

Yo cerré mi libreta. Tenía todo lo que necesitaba: una verdad incompleta, una culpable que se creía santa y un muerto que había planeado su propia inmortalidad.

Las máscaras habían caído. Pero en La Bamba, las máscaras siempre saben volver a ponerse.

Capítulo 17

Un culpable inesperado y otros cómplices de ocasión

Fray Modesto, que hasta ese momento había flotado entre la embriaguez y la penitencia, entró al salón como si bajara del Monte Sinaí con las nuevas tablas de la ley. Solo que en lugar de mandamientos, traía una carta. Y no cualquier carta.

—La encontré detrás del retablo de San Dimas, entre el polvo, un gato muerto y tres botellas de licor de nuez que no pienso devolver —dijo, con una sonrisa francamente demoníaca.

El salón enmudeció. El tiempo se detuvo. Y yo, Domitilo Avitia, sentí que la tinta de mi pluma estaba a punto de escribir el final de la tragedia. O la comedia. O las dos.

Fray Modesto desplegó el papel y leyó en voz alta:

“Si el primer sobre no bastó, aquí está el segundo. En él, escribo lo que sospechaba pero no podía probar. No por cobardía, sino porque sería más divertido verlo confirmarse. El asesino no es quien todos creen. No fue un noble. Ni un sirviente. Fue alguien que no debía estar en La Bamba. Que llegó por error. Y que, sin embargo, tenía la motivación más profunda de

todas: la desesperación del que no tiene lugar en el mundo. Ni en las listas. Ni en la historia.”

“Y si ha llegado a leer esto, querido Domitilo, es porque tú mismo has descubierto que el asesino... eres tú.”

Silencio. El mundo se detuvo. Mi estómago también.

Yo. ¿Yo?

—¡Eso es una trampa! —grité, con una mezcla de incredulidad, furia y una pizca de miedo muy real—. ¡Yo soy inocente! ¡Apenas sabía que venía a esta fiesta!

—Precisamente por eso —dijo Fray Modesto, alzando la carta como una sentencia—. Nadie más tenía acceso a la copa desde el momento de tu llegada. Nadie fue tan ignorado como tú. Nadie estuvo tan cerca... y tan desapercibido.

—¡Pero yo ni conocía al Marqués! —protesté.

—Justamente. ¿Quién más tendría la sangre fría de matar a un hombre sin siquiera conocerlo? —añadió Doña Constanza, con mirada de viuda vengadora.

Entonces Lucas intervino, sereno, pero con el filo de quien sabe más de lo que dice.

—Un momento... eso no tiene sentido. Yo vi a Domitilo llegar. Se confundió con otro invitado. Su nombre ni figuraba.

—Pero ¿no es esa la coartada perfecta? —musitó Doña Eufrasia—. El asesino... que no existe en la lista.

—¿Y si el Marqués sabía que alguien lo mataría... pero no sabía quién? —dije yo, sintiendo que mis palabras eran una cuerda floja entre la lucidez y el pánico—. ¿Y si escribió eso para asegurarse de que, muriera como muriera, alguien fuera culpado?

Los presentes dudaban. Algunos me miraban con lástima, otros con miedo. El fuego de las velas se estremecía. Los candelabros lanzaban sombras como látigos.

Entonces Brígida, que hasta entonces había observado en silencio, se adelantó con paso lento, el rostro impassible.

—Ya basta de farsas. El Marqués escribió esa carta para todos. No para ti, Domitilo. Ni para mí. Para cualquiera. Era su última burla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque yo la ayudé a redactarla.

La revelación cayó como un trueno en sacristía.

—¿La ayudó? ¿“La”? —dije, confuso.

Brígida asintió.

—Tomasa. La cocinera. Él la consultaba en todo. Ella le decía cómo morir sabroso. Y también... cómo engañar sabroso.

Entonces Tomasa entró al salón. Su andar era calmo, casi solemne. Traía en las manos el delantal doblado, como si se dispusiera a dejar su oficio junto a sus pecados. Tenía en los ojos la serenidad de quien ya vio morir demasiadas verdades.

—¿Fuiste tú? —pregunté.

—¿Yo? No. Yo solo preparé el faisán. Lo rellenaron otros. Con veneno. Con rumores. Con miedo.

Se volvió hacia los nobles, uno por uno, sin apuro, con la autoridad de quien conoce la mugre de cada alma.

—¿Quién lo odiaba? Todos. ¿Quién tenía acceso? Todos. ¿Quién quería heredar? Todos. ¿Y quién tiene hoy la conciencia más limpia? Ninguno.

El silencio fue absoluto. Solo se oía el chisporroteo de la cera, el roce de los abanicos, el jadeo de los culpables que descubrían no ser únicos.

Entonces, Doña Matilde se puso de pie. Y luego Don Gaspar. Y luego Sor Benigna. Uno por uno, comenzaron a hablar. Las palabras se derramaron como vino viejo: espesas, vergonzosas, inevitables.

Doña Matilde confesó haber cambiado las copas “por costumbre”. Don Gaspar admitió haber añadido unas gotas de un licor “para fortalecer el ánimo”. Sor Benigna, entre sollozos, habló de un rezo envenenado, una oración dicha al revés, una fe torcida.

Don Hilario recordó haber guardado un frasco en la alacena equivocada. El Canónigo mencionó un sobre que escondió por miedo a perder influencia. Doña Constanza reconoció haber deseado la muerte del Marqués más de una vez, “aunque solo de palabra”.

Cada confesión era un ladrillo más en la tumba compartida. Nadie lo mató del todo. Todos ayudaron.

El crimen se reveló como una sinfonía: cada instrumento tocó su nota, y la melodía final fue el silencio del Marqués.

Yo, Domitilo, no fui culpable. Pero tampoco inocente. Porque vi todo. Porque escribí todo. Porque esperé. Porque no detuve nada. Y en La Bamba, mirar sin actuar es una forma discreta de participar.

El salón olía a chocolate frío, a miedo viejo, a conciencia remojada en culpa. Las velas se extinguían una a una, como si la casa quisiera dormir al fin.

Tomasa se acercó a mí.

—¿Ve usted ahora, señor Avitia? —dijo—. No hay asesinos en La Bamba. Solo invitados. Algunos llegan con cuchillo, otros con pluma. Pero todos se sientan a la misma mesa.

Lucas bajó la cabeza. Brígida cerró las cortinas. Fray Modesto bebió el último sorbo de vino, quizá como absolución.

El amanecer asomaba por las ventanas altas. El polvo, en los haces de luz, parecía una multitud de almas diminutas que aún no decidían si quedarse o huir.

Yo cerré mi cuaderno. El caso estaba resuelto. O deshecho. La diferencia, a veces, es solo semántica.

La Bamba no tenía asesino. Tenía una multitud. Y el Marqués lo sabía. Y, de algún modo, había logrado su propósito final: hacer que todos, culpables o no, se reconocieran por fin como parte del crimen.

Capítulo 18

De cómo el castillo de La Bamba se quedó sin dueño y sin dignidad

Una vez que se supo —o más bien, se sintió colectivamente— que todos, en mayor o menor grado, habían empujado al Marqués hacia su tumba rellena de faisán y traición, ocurrió algo previsible... pero no por ello menos lamentable: la dignidad se evaporó.

El castillo de La Bamba, antaño símbolo de fasto nobiliario, se convirtió en escenario de desbandada emocional, desahogos impropios y gritos que ya ni pretendían decoro. El eco de los reproches resonaba en las paredes como si fueran los últimos estertores de una institución en ruinas. Cada voz buscaba justificarse, pero lo único que lograba era ahondar el caos.

—¡Me niego a compartir la culpa con esta señora! —chilló Doña Constanza, señalando a Doña Teodora con su abanico como si fuera una espada de juguete.

—¿Señora?! ¡Tú eres más antigua que la losa del sótano! —replicó la otra, lanzándole una servilleta con precisión de duelista borracha.

Don Gaspar rompió en llanto, no por arrepentimiento, sino porque se dio cuenta de que al morir el Marqués perdía toda esperanza de evitar sus deudas. Sor Benigna alegó que había sido poseída “momentáneamente” por un espíritu rebelde de la reforma luterana. Don Bartolomé aseguró que todo había sido un malentendido basado en un poema mal traducido de Juvenal. El Canónigo, por su parte, intentó convencer a todos de redactar una versión alternativa de los hechos en latín, con miras a canonizar la muerte como “acto providencial de limpieza moral”.

El salón parecía una obra de teatro en su quinta función fallida, sin director y con actores que improvisaban a gritos. Los candelabros titilaban, como si se rieran del espectáculo. Y mientras tanto, el cuerpo del Marqués seguía ahí, tieso y digno, como si disfrutara en secreto del desastre que había orquestado.

Doña Aldonza, con lágrimas sinceras o estratégicas, se lamentaba del “destino cruel que separa a los amantes antes del desayuno”. Nadie recordó que el Marqués jamás la consideró amante, sino molestia poética. A su lado, Don Hilario discutía con Fray Modesto sobre la naturaleza teológica

del veneno. El fraile sostenía que el arsénico era un instrumento de justicia divina; el otro, que era una herejía líquida.

El caos era absoluto. Lucas, el mayordomo, se limitó a observar desde una esquina, con las manos cruzadas tras la espalda y una calma que sólo podía tener un hombre que ya lo había visto todo. Brígida, a su lado, murmuró algo sobre la necesidad de los vivos y la eficiencia de los muertos.

—¿Y qué haremos ahora con el castillo? —preguntó Don Hilario, con voz trémula y una mano alzada como estudiante pidiendo permiso para salir al excusado.

Lucas respondió sin inmutarse:
—El testamento legal dejó todo en suspenso. No hay heredero legítimo. Ni fondos. Ni planos de sucesión.

—¿Entonces...?

—La Bamba queda vacía. Y sus deudas también.

La noticia cayó como un cubetada de agua fría sobre peluca encolada. Los rostros se desfiguraron. Las damas sollozaban por el patrimonio; los caballeros, por el vino que ya no podrían pagar. Brígida anunció que se retiraba a su habitación “a empacar su dignidad y su licor personal”. Tomasa comenzó a guardar los cuchillos en orden invertido, lo cual no auguraba nada bueno. Sor Benigna se arrodilló, pero nadie supo si rezaba o buscaba monedas bajo el tapete.

Doña Teodora propuso fundar una cofradía de víctimas del Marqués, con reuniones mensuales y chocolate gratis. Don Gaspar quiso firmar el acta fundacional, pero se desmayó al descubrir que no tenía con qué pagar la cuota de ingreso.

Yo salí al patio central, buscando aire. El cielo comenzaba a aclarar. Los gallos cantaban como si no hubieran presenciado la comedia griega del siglo. Los primeros rayos de sol cayeron sobre las estatuas del jardín, y por un instante, parecieron más humanas que sus dueños. Y allí, en ese silencio fresco del amanecer, me di cuenta de algo: el castillo de La Bamba no sólo se había quedado sin dueño. Se había quedado sin propósito.

Porque su verdadero pilar no era el Marqués, sino la ilusión de que algo allí tenía sentido. Y al desaparecer él, todos sus dramas se volvieron farsa. Las intrigas, anécdotas. Los títulos, papel mojado. Las deudas... eternas.

Las criadas recogían flores marchitas del salón, los sirvientes arrastraban los restos del banquete como si barrieran pecados. Nadie sabía qué hacer con el cadáver del anfitrión; se debatía entre enterrarlo en el panteón familiar o dejarlo sentado en su silla, como advertencia o trofeo.

Doña Teodora, con la voz rota, propuso algo que heló la sangre de todos:
—Que se le embalsame. Así seguirá presidiendo nuestras reuniones.

Tomasa le respondió con una carcajada tan profunda que hizo temblar los candelabros.

—¿Presidir? ¡Si ya lo hizo mejor muerto que vivo! Déjenlo descansar, que bastante espectáculo dio.

Las palabras quedaron flotando en el aire, como sentencia final. Brígida, sin esperar consenso, ordenó a los mozos cerrar las puertas principales. El eco del cerrojo sonó como el punto final de una era. Afuera, el campo seguía igual de indiferente. Las hojas caían, los perros ladraban a la distancia, y el río cercano seguía su curso, arrastrando reflejos y sombras de un lugar que ya no era más que ruina con pretensiones.

Los invitados comenzaron a irse en carruajes maltrechos, tropezando con tapetes, llorando a medias, y asegurando que “jamás volverían a fiestas con faisán”. Algunos se llevaron cubiertos, otros recuerdos, y más de uno un pedazo de vergüenza ajena. Lucas cerró la puerta detrás del último coche con una calma fúnebre.

—¿Y usted, señor Avitia? —me preguntó, sin emoción.

—Yo me quedo —respondí—. Alguien tiene que escribir cómo se derrumban los castillos cuando ya no queda nadie digno de habitarlos.

Lucas asintió, y se marchó hacia las caballerizas. El sonido de sus pasos se perdió en la galería vacía. Caminé por el vestíbulo una vez más. Las pinturas parecían mirarme con resignación. En una esquina, el retrato del Marqués seguía colgado, torcido, con una sonrisa que ahora parecía sincera. Tal vez sabía que todo acabaría así: en desorden, entre gritos y copas vacías.

Me senté en el escalón central de la escalinata y abrí mi cuaderno. La pluma raspó el papel como una confesión. Afuera, el sol terminaba de salir. El aire olía a tierra y a un amanecer que no le pertenecía a nadie.

Entonces escuché un último ruido: un portazo lejano, una risa ahogada, quizá un adiós. Me quedé quieto. El eco del pasado se apagaba despacio. Y comprendí que lo que había muerto en La Bamba no era un hombre, sino una época.

Nadie se despidió de mí. Ni lo esperaba. Porque aunque no fui el asesino... fui el narrador. Y en estas historias, el narrador siempre se queda a apagar las velas.

Capítulo 19

Finales felices, arrestos tristes y nuevos comienzos extraviados

Los carruajes comenzaron a irse uno por uno, como ratas de terciopelo huyendo de un navío hundido con encaje y canapés rancios. Cada invitado dejó La Bamba con una historia mal contada, una coartada mal construida y una sensación amarga, no del faisán... sino del ego herido. Los caballos resoplaban, las ruedas chirriaban en el empedrado húmedo, y las voces de los últimos sirvientes se mezclaban con el canto agónico de las cigarras, como si hasta la naturaleza quisiera cerrar el telón de aquella tragicomedia.

Doña Teodora juró fundar una orden de castidad vengativa, donde las mujeres engañadas podrían rezar y maldecir al mismo tiempo. Dijo que la primera plegaria sería dedicada al alma del Marqués, “para que arda con elegancia”. Don Gaspar desapareció con la excusa de “revisar unas escrituras” y se le vio por última vez vendiendo enciclopedias en Veracruz, convencido de que aún podía heredar si lograba convencer a alguien de comprarlas. Sor Benigna renunció a sus votos y se fue con el violinista, un joven sin nombre que tocaba valsés fúnebres y fumaba como condenado.

El Canónigo Timoteo, por sugerencia de Brígida, ingresó voluntariamente en un convento de retiro y desintoxicación. Allí pasaría el resto de sus días alternando entre los rezos y el aguardiente clandestino, componiendo himnos sobre la humildad mientras soñaba con coristas celestiales. Don Bartolomé se convenció de que todo había sido un sueño profético y comenzó a predicar en plazas públicas bajo el nombre de “Profeta de la Sopa Fría”. En su primer sermón, aseguró que el Marqués no había muerto, sino que se había transfigurado en faisán.

En cuanto a las autoridades... nunca llegaron. Al parecer, alguien envió un mensaje anónimo —posiblemente Lucas— afirmando que el Marqués había muerto de un “ataque de nostalgia súbita con congestión alimenticia”, y que el asunto estaba siendo resuelto “con máxima discreción y un par de rosarios benditos”. El caso fue archivado. La causa del deceso: indeterminada, pero elegante.

Brígida se quedó con el inventario de cubiertos y el control absoluto de las llaves del castillo, que ahora usaba como albergue temporal para “nobles venidos a menos y cocineras sin paciencia”. Convirtió la biblioteca en un comedor comunitario, el salón principal en dormitorio compartido y el estudio del Marqués en una cantina improvisada, donde los secretos se pagaban con copas. Bajo su mando, La Bamba dejó de ser un castillo y se volvió una república libre de la vergüenza.

Tomasa, sin confesar nada, recibió una pequeña herencia en efectivo... de origen turbio pero sin testigos. Abrió un mesón en Coyoacán donde se servía faisán únicamente a viudas arrepentidas y poetas sin talento. En el menú, junto a cada plato, figuraba una advertencia: “El veneno es opcional, pero recomendable”. Se volvió célebre por su receta de “faisán de la expiación”, que según los rumores podía hacer llorar hasta a los jueces.

Lucas desapareció discretamente tras la última campanada. Dicen que lo vieron en Querétaro, organizando cenas temáticas basadas en crímenes reales... o futuros. En cada una, servía chocolate espeso y exigía a los invitados confesar algo antes del postre. “La culpa es el mejor digestivo”, solía decir. Algunos lo llamaban genio. Otros, demonio.

El castillo, por su parte, quedó vacío de almas, pero lleno de ecos. Las cortinas, aún perfumadas, ondeaban como fantasmas elegantes. Las escaleras crujían con un ritmo que parecía recordar los pasos de quienes ya no volverían. Los espejos, cubiertos con sábanas, reflejaban el pasado con

pudor. Afuera, el campo se extendía indiferente, y el viento soplaba sobre las torres derruidas con una melancolía que solo conocen los lugares que alguna vez tuvieron importancia.

Y yo... Domitilo Avitia, el narrador sin invitación, el cronista sin título, el detective sin método... decidí escribirlo todo. Convertí la historia en estas páginas, sin adornos... o con todos los adornos que merece una verdad tan ridícula como siniestra. No para hacer justicia —eso nunca funcionó entre nobles— sino para dejar constancia. Porque, al final del día, el Marqués murió como vivió: rodeado de hipocresías, deudas, y gente que sonreía mientras lo envenenaba.

Los periódicos, semanas después, publicaron una breve nota sobre “la misteriosa muerte de un hacendado en circunstancias teatrales”. Nadie reclamó el cuerpo. Nadie reclamó la herencia. La Bamba quedó registrada como propiedad sin dueño, y con el tiempo, los aldeanos comenzaron a decir que por las noches se oían risas y copas brindando en el aire. Algunos afirmaban haber visto sombras moviéndose detrás de las ventanas iluminadas. Nadie se atrevía a entrar, salvo algún niño curioso o un borracho con vocación de leyenda.

En una de esas noches, regresé. No por nostalgia, sino por curiosidad. Entré por la puerta lateral, la misma que usaban los sirvientes. El aire olía a polvo, a cera y a una soledad muy vieja. Caminé por los pasillos, reconociendo los ecos, los fantasmas de conversaciones interrumpidas, las risas congeladas en los retratos. Me detuve frente al salón del banquete. Todo estaba tal como aquella noche: la mesa vacía, las copas alineadas, y la silla del Marqués... vacía también, pero intacta.

Me senté frente a ella y abrí el cuaderno. Afuera, la lluvia comenzó a caer, lenta, ceremoniosa. La tinta corrió un poco, como si las palabras también lloraran. Pensé en lo que habíamos sido todos: cómplices, testigos, farsantes. Y comprendí que, tal vez, eso era lo más humano que habíamos hecho.

Cuando el amanecer despuntó sobre los ventanales, cerré el cuaderno. En la portada, con letras torcidas por la humedad, se leía: *Crónica de un faisán envenenado*. Sonreí. Tal vez algún lector ingenuo pensaría que era una sátira. Otros, una confesión. Pero para mí, era la única forma de sobrevivir al recuerdo.

Salí del castillo sin mirar atrás. El viento me siguió unos pasos, como un perro viejo que no entiende que ya no hay casa a la que regresar. En el camino, me crucé con un vendedor ambulante que ofrecía plumas y tinteros. Le compré una, sin saber por qué. Tal vez porque entendí que las historias, como los venenos, siempre encuentran a quien las beba.

Y eso, queridos lectores, no es una tragedia. Es una costumbre virreinal.

EPÍLOGO

La última risa del Marqués

Dicen que las historias terminan cuando se cierran los libros. Pero hay libros —como los castillos, como las culpas— que no saben cerrarse del todo. Quedan entreabiertos, respirando polvo, aguardando el regreso de quien los escribió o de quien aún no se resigna a olvidar.

Pasaron años desde aquella noche en La Bamba. Los nombres de los presentes se borraron de las tertulias, los linajes se diluyeron en rumores y las fortunas se evaporaron con la misma ligereza con que habían sido heredadas. Nadie volvió a hablar del Marqués de la Piña y Alcocer. Nadie... excepto las paredes.

A veces, en las madrugadas húmedas, los campesinos aseguran oír música que brota desde los salones vacíos: valsos torcidos, risas contenidas, copas que se chocan con una solemnidad fantasmal. Algunos juran ver una figura de levita caminando por los corredores, arrastrando una copa medio llena y murmurando nombres al viento. Otros aseguran que la cocina huele de nuevo a faisán.

Yo, que sigo escribiendo en algún rincón del mundo, nunca he vuelto a La Bamba. Pero hay noches en las que, al cerrar los ojos, oigo la voz del Marqués, burlona y apacible, preguntando si ya comprendí su juego. Y siempre respondo lo mismo: que sí, que lo entendí demasiado tarde.

Porque su muerte no fue una tragedia, ni una comedia, sino una lección disfrazada de banquete: todos, en algún momento, servimos el veneno de alguien, y todos, antes o después, bebemos del nuestro.

Brígida murió anciana, con las llaves del castillo colgando aún de su falda. Tomasa vivió hasta los noventa y juró haber visto al Marqués pedirle otra copa en sueños. Lucas desapareció sin dejar huella, salvo un libro anónimo, encuadernado en cuero rojo, que apareció una mañana en una librería de viejo. En la primera página, una dedicatoria: "A quien no supo cuándo detener la pluma."

Nunca supe si era para mí.

Hoy, cuando releo mis propias notas, siento que la historia me pertenece menos que nunca. Como si yo también hubiera sido una pieza en aquel tablero que fingí analizar. Quizás lo fui. Quizás todos lo fuimos.

Y si alguna vez alguien encuentra estas páginas y pregunta qué quedó de La Bamba, solo puedo responder lo que dicta la memoria y el cansancio: nada quedó... salvo la risa del Marqués, que aún se oye entre los muros, burlándose del tiempo, de la justicia y de nosotros.

Porque algunas risas no mueren. Solo cambian de eco.

FIN